





**LOS SUEÑOS DE JOCASMOS**

**EL CIUDADANO INSIGNIFICANTE  
Y EL ABUELO MISTERIOSO**



JOSÉ CASTRO MOSCOSO

LOS SUEÑOS DE JOCASMOS  
EL CIUDADANO INSIGNIFICANTE  
Y EL ABUELO MISTERIOSO



LOS SUEÑOS DE JOCASMOS  
EL CIUDADANO INSIGNIFICANTE Y EL ABUELO  
MISTERIOSO

© JOSÉ CASTRO MOSCOSO

© Editorial: Vision Libros

Calle San Benito 21 Local

Tel: 0034 91 3117696 url: [www.visionlibros.com](http://www.visionlibros.com)

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-144-0

Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: Marian González  
[reflejandoelazul@visionnet.es](mailto:reflejandoelazul@visionnet.es)

Maquetación: Magda C. Vargas  
[magdac\\_vargas@visionnet.es](mailto:magdac_vargas@visionnet.es)

Distribuye y produce:  
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,  
Local. 28029 Madrid.

Pedidos a. [pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)  
[www.distribuciondepublicacion.com](http://www.distribuciondepublicacion.com)

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

## A MODO DE PRÓLOGO.

Es posible que este pequeño libro haya sido escrito por un gran escritor. Éste, harto de buscar la perfección, de superarse a sí mismo cada día y ver cómo su trabajo diario se convertía en rutina (lo cual le encasillaba en un campo del que ya no podía salir), decidió meterse en la piel y en la mente de “un simple ciudadano”. Desde allí, daría vida a la historia que él creía que su elegido individuo contaría, desde su bajo nivel cultural, su desconocimiento de la literatura y su escasa capacidad narrativa. Si escribir uno de sus libros significaba para este escritor algo tan fácil como escribirle una carta a un amigo, confeccionar este pequeño ejemplar le resultó hartamente difícil. No es fácil para un gran escritor cometer desajustes ortográficos, agresiones al lenguaje y a la sintaxis y no explicar a fondo cualquier tema aquí expuesto. Pero aun en contra de su criterio y capacidad, debió situar su imaginación dentro de su inventado “simple ciudadano” y desde allí, transmitir cómo y lo que supuestamente hubiera hecho éste.



No sólo el aburrimiento y la rutina habrá sido el motivo de este gran escritor para llevar a cabo tan original experimento. Quizá necesitaba decir tantas cosas, que le resultaba imposible hacerlo desde su posición real.

«Si en un sueño cabe todo, todo puede ser expresado por un “simple ciudadano”», pensó.

Pero ¡cuidado! También es posible que este pequeño libro haya sido escrito, realmente, por un “simple ciudadano”. Supongamos que es un hombre de más de sesenta años. Harto de la rutina diaria y viendo pasar por delante de sus narices tantas actitudes sin sentido y ante la indiferencia del resto de la sociedad, este “simple ciudadano” sentía la necesidad de expresarse, ya que el interés de la mayoría por lo que sucedía en el mundo era nulo o simplemente estaba sujeto a los intereses de cada uno. Este “simple ciudadano” se lió la manta a la cabeza y decidió expresarse y transmitir todo lo que había ido acumulando en sus largos años de vida. Si para él, hablar de cualquier tema con sus familiares o amigos era como coser y cantar, cuando se vio a sí mismo escribiendo este pequeño libro, comprendió que era un ignorante y que había estado vegetando en vez de vivir. Supongamos que cuenta, únicamente, con los estudios primarios que realizó hace cin-





cuenta años en una escuela rural de Galicia. Si es así, y teniendo en cuenta su bajo nivel de estudios, sería aconsejable que el lector inteligente y comprensivo, prestara más atención al fondo de lo que en el libro se expresa y menos a la forma. Lo cual significa “pensar” antes de “opinar”.

Querido lector: si menosprecias y destruyes la opinión de alguien y no das y transmites la tuya, nos quedamos sin opinión.

Si respetas la opinión de alguien a pesar de que no estés de acuerdo y das y transmites de alguna forma la tuya, tendremos dos opiniones, y todos saldremos ganando.

Muchas gracias.

JOCASMOS





## PRIMERA PARTE

MADRID, 1 DE AGOSTO DE 1998.

Me desperté, accioné el interruptor de la luz y miré hacia la mesilla donde estaba el reloj despertador; eran las seis de la mañana y no sonó la desagradable campanilla con la cual me despertaba todas las mañanas. Justifiqué su silencio cuando fui consciente de que era mi primer día de vacaciones.

«Ésta sería —pensé—, una buena ocasión para hacer algo que he soñado toda mi vida:

“Vivir un mes sin ninguna clase de obligaciones, sin programar nada y haciendo en cada momento lo que las circunstancias me indicaran; por supuesto, respetando todas las normas de convivencia con la sociedad, teniendo en cuenta que mi libertad termina donde comienza la de los demás”».

Mirando fijamente a la lámpara que colgaba del techo fui perdiendo la conciencia del mundo real,



adentrándome en una dimensión extraordinaria y fantástica. Volaba sobre la ciudad, observándola desde una perspectiva diferente. No sé por qué razón decidí entrar en la estación de Atocha. Hombres, mujeres y niños caminaban deprisa hacia el andén por donde estaba anunciada la llegada del primer tren. Éste hizo su aparición en pocos minutos. Entró muy despacio y cuando se detuvo, todos los viajeros se apresuraron a subir, intentando ser los primeros en tomar asiento. Supuse que tendría que viajar de pie, pero no me importaba, ya que debía ser fiel a mi intención de vivir un mes donde y como las circunstancias me indicaran. Subí al tren y caminé lentamente por el pasillo, al mismo tiempo que observaba que todos los departamentos estaban completos. Cuando había perdido la esperanza de encontrar uno libre, me detuve frente a una puerta; miré al interior y me sorprendió gratamente ver que aquel departamento estaba totalmente vacío. Entré, tomé asiento y pensé: «éste será un viaje tranquilo».

Llevaba bajo el brazo aquél libro que había reservado para las vacaciones. Lo abrí por la primera página y me dispuse a disfrutar de aquella historia tan interesante, comentada en todos los medios de comunicación. Estaba totalmente concentrado en la lectura cuando algo inesperado ocurrió en aquel



departamento en el que se suponía que yo era el único ocupante:

—¡Ha llegado el momento! —Escuché decir.

Me quedé inmóvil. Miré lentamente de reojo hacia mi derecha y allí estaba: se trataba de un anciano apocado y desnutrido, con una cabellera mal cuidada y una vestimenta más apropiada para un mendigo indigente que para alguien que viajaba en un tren de primera categoría. Se encontraba acurrucado en el asiento que estaba junto a la ventanilla. Era tan poca cosa, que no me sorprendió no haberle visto antes. Continué leyendo y, a los pocos minutos, gritó:

—¡Éste es el momento propicio! ¡Debemos actuar o jamás podremos cumplir la misión que nos ha sido encomendada!

Miré al techo, miré hacia aquel misterioso personaje y, por último, desvié la mirada hacia la puerta. Observé algo que me había pasado inadvertido cuando entré en el departamento, lo cual justificaría mi salida inmediata del mismo.

Había una cinta adhesiva pegada en el cristal en posición diagonal, en la que se podía leer:

R—E—S—E—R—V—A—D—O

Me levanté apresuradamente y me dirigí hacia la salida mientras susurraba:



—Perdón, he entrado en un lugar reservado.

—¡No! —Gritó el anciano —. Este departamento está reservado para ti y para mí.

—Me detuve, di media vuelta y me dejé caer de nuevo en el asiento.

Miré al techo con un poco de desesperación, y dije:

—¿Vamos a alguna parte usted y yo, abuelo?

—¡Me has llamado abuelo!

—Se parece usted a mí abuelo.

—¡Háblame de él!

—¡No! Dígame usted por qué este departamento está reservado para nosotros dos.

Se sentó frente a mí y, mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—Escucha con mucha atención amigo. El Planeta Tierra está en peligro de desaparecer. No me refiero al planeta como tal, sino a todo lo que representa la vida, ya sea humana, animal o vegetal. En los últimos cien años se produjo tal evolución en la forma de vivir de la raza humana y el carro de dicha evolución está alcanzando tal velocidad, que en menos de otros cien años, la vida en la Tierra formará parte del pasado. El Ser Humano no es consciente de ello y continúa por el camino equivocado. Quizá cuando decida reducir la velocidad de dicho carro ya sea demasiado tarde.



—Para eso estamos aquí usted y yo ¿verdad, abuelo? ¡Para salvar el Planeta! —dije, con una irónica sonrisa.

—No amigo. Será el propio Ser Humano quien salve su propio Planeta, o sea, la vida de todo Ser vivo, ya sea persona, animal o vegetal. La Divina Naturaleza le ha concedido el libre albedrío, lo cual le permite destruir o salvar algo tan maravilloso como resulta ser la vida en este maravilloso Mundo. Yo me encuentro aquí para transmitir un importante mensaje a todos los Seres Humanos y tú serás el transmisor de dicho mensaje.

Se produjo un silencio momentáneo, el cual aproveché para pensar:

“Me encuentro en presencia de un anciano, posiblemente desequilibrado mental, al que debería de darle una explicación convincente para ausentarme de su presencia y que no se sintiera ofendido. Por otra parte, cansado de conversaciones sin ningún significado, quizá este anciano, desde su fantástica filosofía pueda hacer que este viaje sea interesante y ameno”.

Comoquiera que mi acompañante (al que en el futuro llamaría siempre el abuelo) se refería al Ser Humano en tercera persona, le pregunté:

—Pero ¿quién se cree que es usted, abuelo?



—Yo soy un extraterrestre — me espetó—. Hace cien años que llegué a este planeta con una misión especial. En mi mundo no existe la materia. Somos únicamente “energía inteligente y transformable”.

—¡Vaya! ¿Y de qué Mundo viene y cómo llegó hasta nosotros? —Le pregunté, irónicamente.

—El Mundo del que procedo está tan lejos para ti como cerca está para mí. EL Universo es mi propia casa. Tardo el mismo tiempo en trasladarme de una galaxia a otra como tardas tú en ir de la cocina de tu casa hasta el salón comedor. Soy capaz de traspasar el tiempo y el espacio en una fracción de segundo. He venido a este planeta con la misión de transmitir un valiosísimo mensaje al Ser Humano, en el caso de que éste, debido a su complejidad, pusiera en peligro la existencia de vida en la Tierra. Después de conocer durante todo este tiempo la evolución de una raza tan compleja como desconcertante, cuyo comportamiento provocará la desaparición de la vida en todo el planeta, decidí llevar a cabo la misión que se me ha encomendado y tú serás quien se dirija directamente a los Seres Humanos, ya que eres uno de ellos y no habrías transgredido ninguna Ley. Nosotros no debemos intervenir directamente en un Mundo al que la Naturaleza ha otorgado libre albedrío a sus habitan-





tes. Sólo podemos dirigir nuestro mensaje a través de uno de ellos, que en este caso eres tú. ¿O tienes algo mejor que hacer?

—Verá usted, abuelo — le dije pacientemente—. He decidido pasar estas vacaciones sin hacer absolutamente nada, dejándome llevar por las circunstancias y observándolo todo desde una perspectiva diferente. Pero si usted me lo pide, salvaremos el Mundo en un momentito y continuaré con mis vacaciones. ¿Le parece bien?

— De acuerdo amigo. Un momentito para mí puede equivaler a una eternidad para ti. Pero no te preocupes; te gustará la misión que se te ha encomendado.

—Deberíamos hablar de honorarios ¿no le parece?

—¿Te parece poco, tener el honor de salvar tu propio planeta?

—Me parece muy interesante hacer algo que pueda ayudar a salvar el Planeta Tierra pero: ¿Quién se cree que soy yo, abuelo?

—Tú eres un ciudadano insignificante, un hombre del montón, o sea, un don nadie. No triunfaste en la vida según el concepto que tenéis los seres humanos del triunfo, y el fracaso siempre estuvo rondando a tu alrededor. Gracias a algo o a alguien



que te protege, siempre fuiste y serás una persona de bien, íntegra y digna a pesar de todas las dificultades que siempre te han acechado.

Le miré fijamente a los ojos durante varios segundos y por fin le dije:

—No me siento fracasado, según el concepto que yo tengo del fracaso. Por el contrario, en sesenta y cuatro años de vida adquirí una filosofía de vida que me permite ver el mundo desde un plano superior y justificar de alguna forma mi propia existencia. Lo malo de esto es que los demás no me ven en ese plano superior con respecto a ellos, sino en uno muy inferior y yo soy consciente de ello. Aunque sus adjetivos calificativos con respecto a mí me parecen un tanto despreciativos, le advierto que el concepto que tengo de mí mismo es altamente positivo.

—Tú eres quien crees que eres y no quien creen los demás que eres. Nadie ha fracasado hasta que él mismo cree que ha fracasado. Como tú sabes, muchas personas son incapaces de escribir su nombre correctamente y sin embargo son especialistas apretando tuercas en una fábrica. Ja, ja, ja.

Me puse en pie, le miré con cierto desprecio y le dije:

—¿Existe alguna forma de eliminarle sin correr el riesgo de ser acusado de asesinato, abuelo?



—¿Qué quieres decir?

—Asesinarle, estrujarle, hacerle desaparecer, matarle...

—¡No! Imposible.

—Lo suponía — susurré mientras me dirigía hacia la ventanilla.

Acerqué la cara al cristal y pude ver el rótulo de la estación de Cercedilla, mientras el tren reducía su velocidad.

—¿Qué has dicho, amigo?

—Nada, nada, abuelo. He llegado a mi destino — dije mientras me dirigía a la puerta apresuradamente.

Me detuve antes de salir y, mirando a aquel desconcertante personaje, comenté:

—Encantado de haberle conocido abuelo; tiene usted mucha imaginación y espero volver a verle. Adiós.

—Me verás, me verás —contestó, mientras soltaba una carcajada.

Me bajé, pero antes de alejarme me aseguré de que el abuelo no bajaba en el último instante. Subí al pequeño tren que haría la ruta hasta el puerto de Cotos y aunque debería viajar de pie, no me importaba. Inició el tren su lenta marcha hacia lo más alto de la sierra y, en la tercera estación (Siete Picos), sentí la necesidad de bajar. Me encontraba solo en



medio de altos pinos, grandes rocas y una espesa vegetación. Temí que la soledad se adueñase de mi estado de ánimo, al mismo tiempo que fluía en mi conciencia un ligero sentimiento de culpa por la huidiza despedida que le dediqué al abuelo. «Quizá — pensé—, su compañía fuera interesante, teniendo en cuenta su preocupación por este mundo tan complejo y extraño». Caminé y caminé, adentrándome cada vez más en aquella maravilla de la Naturaleza. Me detuve y miré hacia lo alto de la montaña apreciando algo que en otras ocasiones me había pasado inadvertido:

“Mirando a la cima, observé que ésta presentaba siete ondulaciones debidamente separadas unas de otras, lo cual me indicaba que guardaba relación con el nombre de la estación que yo había dejado atrás: (Siete Picos)”.

De repente escuché algo que me sorprendió gratamente:

—¡Siete Picos!

Reconocí la voz del abuelo. Giré rápidamente y di dos pasos hacia él con la intención de estrechar su mano. Me contuve, y le dije:

—¡Abuelo! No le he visto bajar del tren, pero me alegro de que esté usted aquí. Pronto me sentiría solo y echaría de menos su compañía.



Continuó mirando hacia la cima mientras repetía:

—¡Siete Picos!

—Yo subiré hasta la cima, pero usted no podrá hacerlo, ¿verdad, abuelo?

—Tú tampoco, amigo. Se avecina una gran tormenta y debemos buscar un sitio donde cobijarnos.

Efectivamente, el cielo se estaba nublando y la proximidad de las nubes nos indicaba que no tardaría mucho tiempo en llover.

—Unos metros más arriba hay una cueva donde podremos protegernos de la tormenta —dijo el abuelo.

—¿Conoce usted la zona, abuelo?

—Conozco todas las zonas, amigo.

«¡Qué modesto! » Pensé.

Caminamos unos minutos y cuando caían las primeras gotas de agua, se detuvo el abuelo y dijo, señalando una pequeña entrada que se podía apreciar entre dos grandes rocas:

—Ahí está la cueva.

Entramos rápidamente, ya que la lluvia era cada vez más intensa. El abuelo se detuvo en la entrada de la cueva admirando el espectáculo de relámpagos y truenos, mientras yo continué hasta el fondo del refugio. De repente pude oír un estruendoso ruido



que no precedía de los truenos, sino de una avalancha de rocas que se desplazaban sin control por la ladera de la montaña. Cuando vi caer las primeras piedras delante de los pies del abuelo, grité:

—¡Cuidado abue....!

Pero antes de terminar mi advertencia, el abuelo ya no podía oírme; había quedado sepultado entre las rocas. La oscuridad y el silencio eran mi compañía, hasta que el miedo, la soledad y la consciencia de que mi final estaba cerca, se apoderaron de mí por completo. No podía hacer nada por el abuelo, ya que las rocas que lo aplastaron eran tan grandes que necesitaría una grúa para poder moverlas.

Me senté apoyando la espalda en las rocas que habían aplastado al abuelo y, dando por supuesto que estaba muerto, comenté en voz alta:

—¿Sabes, abuelo? Siento mucho no haberte hablado de mi abuelo cuando me lo pediste en el tren. Es cierto que os parecíais mucho. Mi abuelo era un anciano muy entrañable, como sois todos los ancianos del mundo. Siempre me contaba las mismas historias, pero a mí no me importaba; me reía a carcajadas y me encantaba estar junto a él. Cuando murió, yo estaba allí, junto a su cama. Me resultó muy gratificante acompañarle en los últimos segundos de su vida. Tú tampoco has muerto en soledad,



abuelo. Estabas conmigo. Tú y yo formábamos un equipo de escaladores y fuimos atrapados por las rocas en la montaña ¿verdad abuelo?

Sentía cómo las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Querías mucho a tú abuelo ¿verdad? —Oí decir.

—Sí. Lo quería mucho —contesté.

¡Dios! —pensé—. ¡Ya empiezo a tener alucinaciones! ¡Me volveré loco!

—No amigo, no te volverás loco —oí de nuevo.

—¡Abuelo, estás vivo!

—Si amigo, estoy vivo.

Metí mi brazo por un orificio que había entre las rocas y conseguí coger una mano del anciano.

—No te preocupes —dijo—; estamos vivos y pronto saldremos de aquí.

Tosió de una forma un tanto extraña, por lo que deduje que no se encontraba tan bien como intentaba demostrar. Creí que debería mantenerle despierto, ya que, una vez que se durmiera, no despertaría jamás. La única forma de que no se durmiera era hablándole continuamente.

—¿Por qué no se apartó de la entrada cuando vio que las rocas caían estrepitosamente, abuelo?

—En aquel momento no era consciente de que vivía en un cuerpo humano.



—¡Comprendo! Siendo un extraterrestre, nunca pensó que unas simples rocas podrían atraparle. Algo ha fallado ¿verdad abuelo?

—Sí. Hace cien años que estoy viviendo en este cuerpo y, algunas veces, me olvido de quién soy.

—Contándome la historia de su vida quizá aclare un poco mi opinión sobre usted y, al mismo tiempo, consiga no olvidar quién es en realidad, para que en una situación de peligro pueda salvar su vida.

—Yo soy un Lunyss —dijo—. En nuestro mundo no existe la materia. Somos únicamente energía inteligente y transformable. Hace cien años que fui destinado a tu maravilloso planeta con la misión de intentar salvarlo en el caso de que llegara a correr peligro de destrucción o desaparición de la vida en el mismo. Me introduje en el cuerpo de un niño que había muerto pocos minutos después de haber nacido. Sus padres se llevaron una gran alegría al comprobar que su hijo vivía. (Era yo).

—¿Energía inteligente? ¿Transformable?

—Sí, amigo. Podemos transformarnos en cualquier objeto, en cualquier momento y la inteligencia es nuestra única cualidad.

—Bueno... nosotros, los humanos también somos inteligentes.

—La inteligencia es una de vuestras cualidades. Precisamente, la que menos utilizáis. Predominan





sobre ella la maldad, la falsa bondad, envidia, orgullo, ambición, ansia de poder y dominio sobre los demás, desprecio por la vida, ignorancia de quiénes sois, un falso concepto de la riqueza, etc., etc., etc.

—Está usted muy dolido con la sociedad. Debieron hacerle mucho daño para que renuncie de su propia raza e intente hacerse pasar por un extra-terrestre.

—Hablas desde la ignorancia, amigo. Pero no te preocupes. Dentro de poco tiempo descubrirás algo que resolverá todas tus dudas. Hasta entonces, puedes preguntarme lo que creas conveniente.

Cuando pensé que me volvería loco, usted me dijo:

—No amigo. No te volverás loco.

—¡Contestó a mí pensamiento! ¿Cómo supo lo que estaba pensando?

—Puedo saber lo que sucede en tú mente y en la de cualquier ser humano.

—¡Puede manejarnos a su antojo!

—Nuestras Leyes son naturales; no nos permiten manejar a nadie ni influir directamente en su destino.

—Las Leyes se pueden cambiar.

—Las vuestras sí. Las nuestras no.

De repente me ruboricé, sintiendo que estaba empezando a creer que el abuelo era, en realidad,



un extraterrestre. Sin embargo, creí que debería continuar hablando ya que era un buen método para mantenerle despierto hasta que alguien, desde el exterior, descubriera nuestra presencia en la cueva y nos ayudara a salir.

—Bien, abuelo —continué—. ¿Qué debería hacer el ser humano para cambiar el rumbo de esta evolución, que según su teoría le llevará a un final catastrófico?

—Una revolución cultural en todo el Planeta, es la solución. Un nuevo concepto del pensamiento y de la vida y un conocimiento de dónde procede el Ser Humano, qué hace aquí y a dónde irá una vez que muere su cuerpo.

—¿Cuándo cree usted que el Ser Humano iniciará la revolución cultural, necesaria para salvar la vida en el planeta?

—Lo intentará cuando sea demasiado tarde.

—¿Entonces, no habrá solución?

—Para eso estamos nosotros aquí. Es en el subconsciente de toda la Raza Humana donde pondremos la semilla. Allí germinará y florecerá en el consciente. Una vez conseguido eso, todo será fácil y natural. Esta asamblea en la que tú participarás, tendrá como objetivo transmitir a todos los habitantes de este planeta el primer mensaje. Todas las grandes personalidades de todo el mundo estarán presentes:



Políticos, jefes de Estado, científicos, médicos, maestros, medios de comunicación, etc., etc. Cuando los Lunyss comuniquen a los humanos que ha llegado el momento de hacer efectiva la relación entre ambas civilizaciones, éstos acogerán la iniciativa con gran entusiasmo y alegría. Pero los Lunyss dudarán de las buenas intenciones de los grandes personajes de los diferentes Estamentos y pedirán la opinión del hombre de la calle, o sea, de un ciudadano insignificante. Y esa es la razón por la cual tú estás aquí. Para transmitir, precisamente, la opinión de los Lunyss con respeto al Mundo en el cual vives tú y toda la Raza humana. Será una forma de decirle a los Seres Humanos que han elegido el camino equivocado y siguiéndolo jamás podrán relacionarse con seres de otros mundos, conduciéndole, al mismo tiempo, a la destrucción del Planeta. Todo está programado para sembrar la primera semilla de la revolución cultural en el subconsciente Humano. Cuando dicha semilla germine, será necesaria otra intervención para que florezca en el consciente y, en este mundo al que perteneces, comenzará una nueva era. Si fracasa nuestro intento, en menos de cien años, la Vida en la Tierra habrá desaparecido.

—Entonces yo —dije—, diré en la asamblea lo que ustedes deberían decir pero que no dicen porque sus Leyes no le permiten intervenir directamen-



te en el destino de unos Seres a los que la Naturaleza les ha otorgado libre albedrío y por consecuencia, son responsables de su destino.

—¡Exactamente!

—No entiendo nada, abuelo. Siento no poder continuar escuchándole, ya que me estoy durmiendo.

—No te preocupes, amigo. Todo lo que te estoy contando queda grabado en tu subconsciente. No importa que estés dormido.

Cuando desperté y regresé a la realidad sentí que la situación era la misma: me encontraba en una cueva sin posibilidad de salir y atrapado entre las rocas estaba aquel anciano que se había cruzado en mi camino, con un lío mental en su cabeza, digno de alguien que debería estar ingresado en un hospital psiquiátrico. El abuelo se calló, y yo dije:

—Nos encontramos en una situación dramática ¿verdad abuelo?

—¿Estamos vivos?

—Sí, abuelo. Estamos vivos.

—¿Entonces?

—Estoy perdiendo la paciencia, abuelo. No entiendo como puede estar usted tan tranquilo sabiendo que su vida está pendiente de una roca.

—Cálmate, amigo. Todo cuánto nos sucede forma parte de nuestra vida. Solo debemos adaptarnos a



la situación y, si ésta no es la que nosotros deseamos, intentar mejorarla o cambiarla. Puedo asegurarte que por muy dramática que sea una situación, siempre habrá una salida.

—¡Naturalmente! ¡No tenemos nada que temer! ¡Todo está controlado! —Grité.

Tomé una piedra y la lancé hacia el lado derecho de la cueva. Otra a la izquierda y otra al fondo. Me acerqué a las rocas que tenían prisionero al abuelo y dije:

—Como ve usted, abuelo, aquí hay salidas por todas partes. No debemos preocuparnos.

Después de unos segundos de silencio, dijo:

—No oí caer la última piedra.

Cogí otra y la arrojé con todas mis fuerzas hacia el fondo de la cueva.

Efectivamente, pasaron varios segundos antes de oír la caída de dicha piedra, lo que me indicó que la profundidad de la cueva era mayor de lo que yo suponía. Caminé en la oscuridad con la intención de llegar hasta el final, pero algo llamó mi atención, lo cual me produjo una gran alegría: pude ver un puntito luminoso al final de lo que podía ser un largo túnel. Regresé hasta donde el abuelo podía oírme y grité:

—¡Hay una salida, abuelo! ¡Hay una salida!



—Siempre hay una salida, amigo. Siempre hay una salida. Sólo tenemos que buscarla y no caer en la desesperación por muy dramático que creamos que es nuestro destino. Casi siempre, lo malo de las situaciones fatídicas, sois vosotros.

—Saldré por ese túnel, pediré ayuda y le rescataremos.

—¡No! Primero intervendrás en la asamblea, que para eso estás aquí, y a continuación te reunirás conmigo.

—¡No, abuelo! Primero le rescataremos y ya tendremos tiempo para la asamblea. Usted confíe en mí.

—Dame la mano, amigo.

Introduje mi brazo por el único orificio que había entre las rocas. El abuelo cogió mi mano y, apretándola con una fuerza que no correspondía a un anciano de su edad, me dijo:

—Sal por ese túnel. Al final del mismo encontrarás un gran valle rodeado de altas montañas. Allí os encontraréis tú, las altas personalidades del planeta y los Lunyss, que harán su aparición en pocos minutos. Tu misión consistirá en demostrar a los Seres Humanos que la relación entre ellos y seres de otros mundos es imposible mientras no cambien el rumbo de su existencia. Para los Lunyss será suficiente tu



primera intervención, pero los humanos te exigirán una explicación convincente sobre tu negativa. Tratarás todos y cada uno de los temas más importantes que influyen en el mundo y su destino. Mencionarás el carro de la evolución, la revolución cultural necesaria para crear una nueva Sociedad, un nuevo concepto del pensamiento y un debilitamiento de las cualidades negativas como consecuencia del reforzamiento de las positivas. Cuando se hayan marchado los Lunyss habremos enviado a toda la raza humana el primer mensaje efectivo y directo. Será necesario un segundo mensaje, el cual tendrá lugar en un momento indeterminado de la historia.

Para evitar que el abuelo estrujara mi mano, acepté todo lo que él me indicó que debería de hacer. Le prometí que cumpliría la misión antes de rescatarle y, por fin, recuperé mi mano. Caminé hacia el túnel y, antes de entrar, me detuve; miré hacia donde se encontraba aquel anciano misterioso y pensé:

—Reconozco que estás loco abuelo. Me gustaría que todos los seres humanos se contagiaran de tu locura. Tu nivel de pensamiento es tan alto que sólo se puede alcanzar estando loco.

—Gracias amigo.

—No he dicho nada, abuelo.



—Pero lo has pensado. Ja, ja, ja, ja.

Sonriendo abiertamente inicié la travesía. Aquel túnel era irregular. Había rocas, charcos de barro, estrechamientos y toda clase de obstáculos. Al mismo tiempo que avanzaba, comprobaba que el punto luminoso se hacía cada vez más grande, hasta que, por fin, salí al exterior. Lo primero que vieron mis ojos hizo que me quedara totalmente paralizado, sintiéndome un imbécil, un tonto y un ignorante.

«¡No! ¡El abuelo no está loco!» pensé.

Podía ver con toda claridad, un gran valle rodeado de altas montañas, las que impedían la salida del mismo a todo aquél que no pudiera volar. Pero lo más sorprendente de todo era que en el fondo y a la derecha del valle, allí estaban: cientos de personas, unas conocidas por mí y otras no. Entre los conocidos había presidentes de gobierno, reyes, ministros, intelectuales, altos ejecutivos, responsables de los principales partidos políticos, de la sanidad, del deporte, representantes de las empresas más importantes del mundo, etc., etc.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —Preguntó uno de los asistentes.

—No lo sé —contestaron todos los demás al mismo tiempo.





A pesar de que todas aquellas personas se encontraban a más de un kilómetro de distancia de donde me encontraba yo, se les podía oír perfectamente.

Alguien levantó la mano y dijo:

—Telepatía señores, telepatía.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien con poder suficiente nos ha citado aquí.

—¿Pero quién?

—Espero que pronto lo sabremos.

«Sí, pronto lo sabremos », pensé yo.

Me senté en un rincón que había entre dos rocas evitando ser visto por aquella multitud tan especial y con la mirada fija en el cielo, sabiendo que de allí vendrían los anfitriones de aquella asamblea que el abuelo me había comentado varias veces y por lo cual creí que estaba loco. No pasaron ni dos minutos cuando pude ver un punto luminoso en el firmamento; tan lejos, que bien podría ser una estrella. En el tiempo que tardé en pestañear, el punto luminoso se convirtió en una inmensa nave que cubría todo el valle. Aquello era impresionante. El silencio era total a excepción de un ligero y acogedor siseo que procedía de aquella espectacular aparición. No sé lo que sentirían las demás personas que se encontraban en el valle, pero lo que sentía yo no puede ser explicado con palabras. Partiendo de



su total quietud, aquella nave empezó a girar muy lentamente, haciéndolo cada vez más deprisa. Yo no sentía mí cuerpo. Recibía tal cantidad de vibraciones positivas, que creía estar en el cielo. Llegué a sentir que formaba parte de aquel monumental espectáculo. De repente, oí un ruido, similar al que produce el descorche de una botella y, ¿qué sucedió?:

Que aquella mole de energía en movimiento se convirtió en un gigantesco Ser, similar a un Ser Humano. Era inmenso y fantástico, el cual transmitía una fuerte sensación de sosiego y felicidad; como referencia a su tamaño puedo asegurar que su dedo índice mediría quinientos metros de largo.

—¡Hola, amigos! —Dijo con toda claridad.

—¡Hola, Amigo! —Le contestaron todos al mismo tiempo.

—Soy un Lunyss. El mundo del que procedo sería inalcanzable para vosotros en este momento. Sin embargo, sabemos que los humanos estáis, desde hace muchos años, interesados en encontrar en vuestra galaxia o en cualquier otra, vida, seres inteligentes o no, mundos parecidos o iguales al vuestro o algo que pueda justificar vuestra existencia. Estamos aquí, y digo “estamos aquí”, porque a pesar de que sólo veis un solo Ser, puedo convertirme en miles o millones de Lunyss automáticamente, para transmi-



tiros un importante mensaje. Por lo cual, es necesario que os expreséis.

Todas las personas que estaban en el valle se reunieron para concretar lo que harían ante un hecho tan extraordinario e inesperado. Eligieron un portavoz y este fue quien comunicó al Gran Lunyss la opinión de todos los presentes, en representación de todos los habitantes del Planeta.

—Bien, amigo —dijo el portavoz—. Hablo en nombre de toda la raza humana: hoy es el día más importante de nuestra vida. Por fin tenemos la gran suerte de estar hablando con un extraterrestre y que, además, deducimos que viene en son de paz y armonía. Has elegido el momento oportuno, ya que la raza humana está en condiciones de relacionarse con seres de otros mundos. Nuestra evolución ha sido tan importante en los últimos años, que pronto seremos capaces de traspasar las fronteras interestelares. Es un gran honor recibir tu visita y estamos dispuestos a relacionarnos contigo, o con vosotros, para beneficio de todos.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenidos! —Gritaron todos al mismo tiempo.

—Vuestras palabras son hermosas —dijo el Gran Lunyss—. Pero dada la complejidad de vuestra mente, los sentimientos no coinciden con las pala-



bras. Vosotros sois personas que por vuestros cargos, conocimientos y poder, no sois capaces de expresar una opinión imparcial, pura y libre de toda clase de prejuicios. Necesitamos la opinión de una persona libre de toda clase de presiones sociales, que dé importancia únicamente a la vida y que no tenga interés o desinterés alguno en relacionarse con nosotros u otros Seres, sino en buscar la verdad real y sincera. Una opinión pura e imparcial podría ser definitiva para influir en nuestra decisión de marcharnos o mantener, a partir de hoy, unas relaciones que pudieron engrandecer más este Universo maravilloso.

— Ten en cuenta, amigo —dijo el portavoz—, que nadie mejor que nosotros podría representar el sentimiento de la Raza Rumana. Por otra parte, aunque no sabemos cómo ni por quién, hemos sido citados en este valle, lo cual indica que alguien nos consideró las personas más idóneas para representar al Ser Humano en este importante acontecimiento. Nadie podrá hacerlo mejor que nosotros.

—Él será quien nos dé la opinión de la gente de la calle —dijo el Gran Lunyss señalando con su gran dedo índice hacia donde me encontraba yo.

Me levanté de un salto y miré a ambos lados, miré detrás de mí y, comoquiera que no había nadie, supuse que se refería a mi pobre persona.



—Sí, amigo. A ti me refiero. Sal de entre las rocas y danos tu opinión.

Caminé varios pasos hasta donde todos pudieran verme y:

—Ja, ja, ja, ja—. Todos se rieron a carcajadas, excepto el gran Lunyss.

El aspecto que yo presentaba era penoso, después de caminar por aquel túnel con barro, agua y maleza. Por cuyo motivo no me sentí ofendido por las risas de los “representantes”.

—Por lo visto —dijeron—, no sabes nada de nuestro mundo, amigo. Ese individuo no puede representar a nadie, ya que es incapaz de representarse a sí mismo.

Después de escuchar aquella frase tan desafortunada, sí me sentí ofendido.

El Gran Lunyss hizo caso omiso a su impertinencia y me preguntó:

—Amigo, estoy esperando tu opinión. Adelante, por favor.

—Necesito tiempo para pensar —le dije.

—No tenemos ninguna prisa. Esperaremos.

Caminé hasta el interior del túnel y por un momento sentí la tentación de correr hasta donde se encontraba el abuelo. Pero, precisamente, la promesa que le había hecho antes de partir, me impidió



llevar a cabo mi gesto de cobardía. Inmediatamente llegué a la conclusión de que era la única oportunidad de expresar mi opinión sobre este mundo y la gente que lo habitamos sin que nadie me recriminara o castigara por ello, ya que el Gran Lunyss era mi protector y nadie se atrevería a juzgarme por negarme a aceptar la relación de los seres humanos con los Lunyss. Dando, por supuesto, razones convincentes que justificarían mi negativa. Salí del túnel y todo estaba en silencio. De repente, al mismo tiempo que miraba hacia donde estaban los representantes, un rayo de luz pasó por mi mente, clarificando todas mis ideas y haciéndome sentir un deseo irrefrenable de cumplir aquella misión que el abuelo me había encomendado. Caminé decididamente hasta donde todos pudieran verme y, abriendo los brazos en señal de aceptación, esperé. Fue el Gran Lunyss quien dijo:

—¡Bien, amigo! ¿Sí, o no?

—¡No! —Dije con voz enérgica y contundente—.

El ser humano no se encuentra en las condiciones adecuadas para relacionarse con seres de otros mundos. Por otra parte, tanto los seres humanos como los Lunyss pertenecen a mundos diferentes y en ellos han de vivir. Intentar burlar o transgredir las Leyes de la Naturaleza sería una enorme equivocación de



consecuencias catastróficas. Con la agravante de que el Ser Humano, a pesar de que vive en un planeta maravilloso, lo está destruyendo a un ritmo veloz.

—Precisamente —dijo el portavoz—, viendo que la vida en nuestro planeta corre el riesgo de tener serias dificultades, es por lo que nos interesa comunicarnos con otros mundos para...

—Para apoderarse de sus riquezas —interrumpí—, en el caso de que sus habitantes fueran inferiores, conquistar su mundo y adueñarse de él, para destruirlo a su vez, teniendo en cuenta la filosofía de vida de unos seres tan complejos, repletos de cualidades que no son capaces de controlar, lo cual les impide buscar el camino adecuado.

—Creemos que cualquier Ser inteligente que pueda existir en el universo es superior al ser humano. Por lo tanto, esa teoría es una estupidez —dijo el portavoz.

—En tal caso —dije—, será rechazado el ser humano por dichos seres, en cuanto descubran su afán de conquista, de dominio, de poder y de creerse, desde su ignorancia, que es superior a cualquier otro Ser.

—Sabe usted menos sobre nosotros que nuestro visitante. Tampoco sabe el futuro que le espera cuando todo esto termine. No sabemos por qué razón



está intentando destruir el más esperado acontecimiento que la raza humana desea desde hace muchos años, pero nada puede justificar tal insolencia.

—Sí —dije—. Sé muchísimo menos que nuestro visitante. Porque él sabe que el Ser Humano es el único animal capaz de transgredir todas las Leyes de la Naturaleza. Sabe que el Ser Humano es tan complejo e incomprensible, que es capaz de amar hasta la muerte y al mismo tiempo matar. Sabe que a pesar de que medio mundo nada en la abundancia, el otro medio se está muriendo de hambre por falta de alimentos y de enfermedades por falta de medicamentos. Sabe que existen países donde el jefe del gobierno, conjuntamente con su “pandilla” son los dueños de toda la riqueza que pertenece a todos los ciudadanos, mientras éstos se juegan la vida buscando la forma de sobrevivir en cualquier otro país donde se respetan los derechos humanos. Sabe que en otros países el dictador de turno no sólo se apodera de la riqueza, sino que elimina a todo aquél que no se somete a sus ideales y que piensa por su cuenta. Sabe que por motivos económicos u otros intereses, en cualquier momento alguien declara una guerra a otro país, masacrando a los ciudadanos y destruyendo sus ciudades, como si de un juego se





tratará. Sabe que el Ser Humano gasta grandes fortunas intentando encontrar otros mundos donde sea posible la vida cuando está despreciándola en su propio planeta. Sabe que el Ser Humano, que se autocalifica de inteligente, jamás llegará a ninguna parte del universo infinito por medio de máquinas, por que ignora que el secreto está en su fantástica y poderosa mente enturbiada e inutilizada por la infinidad de cualidades que la comprimen y no permiten su desarrollo total. Sabe que al Ser Humano jamás se le permitirá traspasar la frontera de otros mundos mientras sus cualidades destructivas ejercen su dominio sobre aquellas cualidades que representan la vida, el amor y la felicidad. Sabe que en este planeta, inundados por la soberbia, la ignorancia y el engaño, determinadas personas cometen atrocidades eliminando a otras, creyendo que ellos son los elegidos y que lo hacen por mandato Divino. Otros, con la disculpa de buscar la libertad, cometen actos terroristas, matando a personas que nada tienen que ver con su impotencia de vivir como personas normales y civilizadas. Sabe que cada día los ricos son más ricos, lo que supone la esclavitud de los menos ricos y de los más pobres. Sabe que la Raza Humana la componen todos y cada uno de los Seres Humanos que viven en el Planeta Tierra sin



excepción, dando un resultado final, “NEGATIVO”. Sabe nuestro visitante que con este currículum, el Ser Humano no puede pretender relacionarse con seres de otros mundos, ya que no reúne las condiciones necesarias para vivir con dignidad en el suyo propio.

Miré al gran Lunyss y éste dijo:

—Tus palabras no son tan hermosas como las del portavoz. Son dramáticas y terribles, pero coinciden con tus sentimientos y con la realidad de tu planeta y de sus habitantes.

—¡Un momento! ¡Un momento! Aquí hay un error —dijo el portavoz en actitud desesperada—. Este hombre no sabe lo que dice. Se está haciendo acreedor a un juicio sumarísimo del cual saldrá culpable y se pudrirá en la cárcel, a menos que pueda justificar todo cuanto ha dicho, lo cual le resultará imposible.

—¡Muy bien, amigo! —Dijo el gran Lunyss—. ¿Tienes argumentos que justifiquen todo lo que acabas de decir o son sólo palabras y frases típicas de un insignificante ciudadano?

—Sí, querido amigo —dije con total seguridad—. En el momento que el Ser Humano consiga quitarse la venda y vea con nitidez todo lo que hay más allá de su nariz, deberá iniciar una gran revolución



cultural y crear una nueva Sociedad para poder llevar a cabo una gesta tan importante que consiste en hacer de esta joya que flota en el espacio en medio de otros planetas convertidos en rocas y cuerpos inertes e inútiles, un paraíso digno de alguien tan espectacular y maravilloso como resultaría ser, el Ser Humano.

—¡Insistimos! —Gritó de nuevo el portavoz—. Queremos saber, si ese “listo” no tiene inconveniente, que es lo que estamos haciendo mal, qué debemos hacer y adónde pretende llegar abortando un acontecimiento que quizá jamás vuelva a repetirse en la historia de la Humanidad.

—En primer lugar —dije—, iniciar una revolución cultural en todo el mundo, lo cual nos llevaría a un nuevo concepto del pensamiento y un nuevo sistema de vida, lo que evitaría que el carro de la evolución adquiriera tal velocidad y descontrol, que la propia inercia sería suficiente para eliminar todo lo que representa la vida en el Planeta Tierra.

A continuación, hice una crítica al sistema de vida que han elegido los habitantes de la Tierra, no siendo conscientes de que están equivocados. Traté todos los temas más importantes, dando alternativas a cada uno de ellos. Ni el portavoz ni ninguno de los que componían el grupo de representantes

me interrumpieron en ningún momento de mi larga intervención. Yo mismo me sorprendía de todo lo que salía por mi boca. Sentía que estaba siendo utilizado por alguien que, a través de mí, intentaba transmitir a todos los seres humanos, algo muy importante para la continuidad de la vida en la Tierra. Resultaba ser tan dura mi intervención, que jamás había pensado que yo pudiera ni supiera expresar todo lo que allí dije. De repente, se produjo un silencio total en el valle. Continué hablando, pero mi voz no se oía más allá de unos metros. El portavoz hablaba colocando las dos manos a ambos lados de la boca, pero no pude oír nada de lo que decía. Miré al Gran Lunyss y éste ¡había desaparecido! No estaba allí. Eso lo explicaba todo. La asamblea había terminado.

Regresé al túnel para reunirme con el abuelo, o más concretamente huí del valle, temiendo que una vez que el Gran Lunyss ya no podía protegerme, mi destino sería muy incierto ante los representantes, después de destrozarse sus expectativas de triunfo frente a un hecho único en la historia de la Humanidad, como había dicho el portavoz. Caminé por el túnel, esta vez más deprisa, ya que conocía el camino. Entré en la cueva y ésta estaba totalmente iluminada por la luz del sol. Las piedras que habían obstruido la salida



estaban esparcidas en el exterior del refugio. Salí y me senté, apoyando mi espalda en un gran pino que me servía de respaldo. Apoyé los codos en las rodillas, la cara en ambas manos y pensé:

«Lógicamente, el abuelo se marchó con el Gran Lunyss. Me gustaría abrazarle y pedirle perdón por no haberle creído pensando que era un anciano que no estaba en sus cabales. Como él dijo, necesitamos adquirir un nuevo concepto del pensamiento. Cuanta riqueza existe entre nosotros, la cual despreciamos porque nuestra miopía sólo nos permite ver lo superfluo, lo espectacular, lo aparentemente grande y despreciamos las cosas pequeñas, que en la mayoría de los casos representan la semilla de la cual germinará lo más profundo de nuestra existencia y la verdad de nuestro destino».

Abrí los ojos y vi en el suelo la sombra de la cabeza de una persona. Seguí dicha sombra con la mirada y me detuve cuando llegué a ver unos viejos zapatos. Inmediatamente escuché decir:

—¡Enhorabuena, amigo! ¡Has cumplido tu misión!

Me puse en pie de un salto y grité:

—¡Abuelo!

Me acerqué a él con los brazos abiertos y le di un abrazo.



—Perdone, abuelo —le dije—. Por no haberle creído.

—No te preocupes, amigo. El primer mensaje ha sido enviado, y lo demás carece de importancia.

—¿Pero qué mensaje dimos, abuelo?

—Todo lo que sucedió en el valle tendrá repercusión más adelante sobre la raza humana y tú estarás involucrado —dijo el abuelo, mirando a la lejanía del horizonte.

—¿En qué lío me ha metido, abuelo?

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

—¿Cómo han llegado todas aquellas personas hasta el valle?

—No eran personas físicas, sino sus subconscientes.

—¿Cómo es que el gran Lunyss hablaba nuestro idioma correctamente?

—Asimilamos con exactitud el idioma de los seres con los que nos relacionamos.

—¿Por qué yo dije tantas cosas que jamás había pensado en ellas?

—Todo está grabado en tu disco duro.

—¿Cómo dice?

—Todo está grabado en tu subconsciente, amigo, lo mismo que en el de todos los Seres Humanos. Sólo tienes que desear expresarlo. Todo lo que existe en



ese lugar tan especial se irá renovando y tu mente evolucionará en proporción directa.

—No entiendo nada, abuelo.

Se acercó, colocó su mano derecha sobre mi hombro izquierdo y mirándome a los ojos, me dijo:

—Hay muchas cosas que escapan a la comprensión humana, por su sencillez.

—¿Por la sencillez del ser humano? —Pregunté.

—No. Por la sencillez de las cosas.

—Continúo sin entender nada.

—No te preocupes, amigo. Cuando todo esto termine, lo entenderás.

—¡Creí que habíamos terminado!

—Como te dije, hemos sembrado la semilla en el subconsciente del Ser Humano. Cuando ésta germine, será necesaria de nuevo nuestra intervención, para que florezca en el consciente y un sentimiento común inunde la mente de todos los habitantes de este planeta, comenzando en ese momento la creación de una nueva Sociedad.

—¿Por qué tanto interés?

—Es muy importante que continúe existiendo vida humana, animal y vegetal en este maravilloso planeta. Es el único de sus características que existe en el universo, en muchos millones de años luz.

—¿Por qué es tan importante, abuelo?



—Cuestión de equilibrio de energías. Pero como te dije, en su momento te lo explicaré todo, cuando puedas entenderlo.

—¿Qué es para ustedes nuestro planeta?

—Una planta de reciclaje de energía. Toda la energía purificada se eleva a un plano superior y permanece para siempre en el universo infinito.

—Eso sería como ir al cielo.

—Llámalo como quieras.

—¿Y la energía que no se purifica?

—Continuará dando vida a las personas, animales o plantas. Siempre habrá parte de esa energía que se purifique y ascienda.

—Siempre creí que quien no se purificaba incumpliendo las leyes divinas iría al infierno.

—¡Esto es el infierno!— Exclamó el abuelo abriendo los brazos y mirando a su alrededor.

—Ya —dije mientras miraba ensimismado al abuelo—. Pero ustedes lo convertirán en un paraíso.

—¡No amigo mío! El ser humano, con su libre albedrío, será dueño de su destino. Utilizará la inteligencia y todas sus cualidades positivas dominarán a las negativas, lo cual le llevará a alcanzar el plano que le corresponde.

—¿Regresará conmigo en el tren, abuelo?

—No. Adiós, amigo mío. Continúa con tu vida normal. Ya nos veremos cuando llegue el momento.





Nos abrazamos y yo le dije, cerrando los ojos.

—Adiós, abuelo.

Cuando los abrí no había nadie entre mis brazos.  
¡El abuelo había desaparecido!

Caminé hasta Cercedilla, y en pocos minutos entraba en la estación el tren que procedía de Segovia con destino a Madrid. Esperé a que bajasen antes de subir. Caminé por el pasillo y pude ver que quedaban varios departamentos vacíos. Entre en uno de estos y me dejé caer en el asiento, como quien llega de una guerra. Miré hacia la ventanilla y:

¡Allí estaba! Un anciano acurrucado, apocado y desnutrido, con una cabellera mal cuidada y una vestimenta más apropiada para un mendigo indigente que para una persona que viaja en un tren de primera categoría.

«¡Dios, otra vez no! » Pensé.

Me levanté muy despacio, caminé sin hacer ruido dispuesto a abandonar aquel departamento, pero cuando intentaba abrir la puerta, aquel ser aletargado pegó un salto, me empujó y dijo:

—¡Apártese!

Abrió la puerta y salió corriendo. Me asomé a la ventanilla, y una vez que aquel hombre misterioso se encontraba en el andén, me dijo:

—Disculpe, señor. Debía bajarme en Cercedilla y me quedé dormido. Siento haberle asustado.



—Por un momento creí que era usted un extraterrestre. No sería su intención gastarme una broma ¿verdad?

—Yo jamás haría eso, señor.

Comoquiera que el tren iniciaba la marcha, le dije al mismo tiempo que movía mi mano de un lado a otro:

—Adiós.

—Adiós, amigo — me contestó.

Me dirigí al interior del departamento y cuando me disponía a tomar asiento, exclamé:

—¡Adiós, amigo!

Corrí hacia la ventanilla, pero el abuelo ya no estaba en el andén. Había desaparecido. Creo que conservé aquella tierna y emotiva sonrisa hasta que el tren se detuvo en Atocha.

—Riiiiinn...Riiiiinn...Riiiiinn...

Abrí los ojos, cogí el teléfono y:

—¿Diga?

—Hola papá.

—Hola hija.

—Hoy es tu primer día de vacaciones. Te esperamos al medio día.

—Pe...Peero ¿qué día es hoy?

—Día uno de agosto, y son las siete de la mañana.



—¡Imposible! ¿Únicamente pasó una hora? ¡No puede ser!

—¿Te sucede algo, papá? ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente, pero ha sucedido algo maravilloso y he de escribirlo todo antes de que se me olvide. Mañana me reuniré con vosotros. Adiós hija.

Encendí el ordenador y empecé a escribir. Escribir con rapidez no es una de mis cualidades. Pero aquel día creo que batí todos los récords de la mecanografía. A las cuatro de la tarde di por terminada la historia más increíble y apasionante que había vivido jamás. Eran más de cien folios, los cuales he leído varias veces, comprobando que contenían todo lo que había sucedido en una hora en un lugar tan extraordinario como resulta ser la mente humana.





## SEGUNDA PARTE

MADRID, 1 DE AGOSTO DE 2008.

Durante diez años, todos los días leía el contenido de aquellos cien folios. Desde mi ingenuidad, llegué a pensar que podría tratarse de un verdadero mensaje de algún Ente que, por circunstancias desconocidas para mí, me utilizaba a su antojo. Cuando me situaba en la realidad, casi me sentía avergonzado por creer que alguien estaba interesado en utilizarme para hacer llegar a los habitantes de este planeta ese mensaje tan particular. Un día, después de analizar el contenido de los cien folios, sentí el deseo de publicarlo, con el título:

“EL CIUDADANO INSIGNIFICANTE Y EL ABUELO MISTERIOSO”.

Al día siguiente, me despreciaba a mí mismo por creermelo tan importante como para que un extraterrestre me designara como intermediario entre él y los Seres Humanos y decidí que no lo publicaría.



Fueron diez años de pesadillas, donde la ansiedad se apoderaba de mí. Un día, la depresión. Otro, la euforia. Otro, sentía la obligación de dar a conocer lo que sucedió aquella mañana, por creer que era importante. Otro, me sentía culpable por haber hecho una crítica tan dura y feroz de todo lo que sucede en la tierra en presencia, precisamente, de las personalidades más importantes del Planeta y de un Ser fantástico que procedía de otro Mundo y que pretendía relacionarse con los Seres Humanos. Intentaba olvidarme de todo, pero no lo conseguía. Una y otra vez me preguntaba quién era yo para juzgar a nadie y para decirles a los demás cómo deben vivir. A medida que pasaban los días, mi estado de ánimo se deterioraba más. En la calle, en el tren, en el autobús, en los centros comerciales o en cualquier otro lugar que me encontraba, me sentía acosado por la mirada inquisidora de las personas que se cruzaban en mi camino. Cada noche miraba fijamente a la lámpara pensando que en su potente luz encontraría alguna solución a mis problemas psicológicos. Pero nunca sucedía nada. Me parecía ridículo comentar aquello con nadie. Se reírían de mí y me tomarían por un desequilibrado. No creía conveniente consultar con un psicólogo, ya que prefería mantener en el anonimato todos mis problemas derivados de un viaje fantástico desarrollado en mi pro-



pia mente. Necesitaba pensar que mis condiciones psicológicas eran normales y equilibradas. El día uno de agosto de dos mil ocho, exactamente a los diez años de haber realizado aquel extraño viaje, paseando por el parque del barrio sucedió algo que situaba mi paranoia en su punto álgido:

Todas las personas que paseaban por el parque, ya fueran ancianos, niños, jóvenes, hombres o mujeres, me miraban con desprecio, según mi apreciación particular. Aquellas sonrisas irónicas y acosadoras me intimidaban. No podía soportar por más tiempo aquel tormento y salí del parque o, más concretamente, huí de aquel bombardeo de miradas y gestos despreciativos y me encerré en mi habitación. Bajé las persianas, me acosté en la cama y accioné el interruptor de la lámpara. Mirando fijamente a la luz, sentí que me desconectaba de la realidad. Entré en una dimensión donde todo estaba en silencio. No existía nadie más que yo. Nada se interponía entre el lejano horizonte y yo. Por fin había encontrado la paz y la tranquilidad. Era un lugar maravilloso, donde me gustaría vivir para siempre. Pero la felicidad duró poco tiempo:

Empecé a sentirme incómodo, presintiendo que algo malo y negativo podría suceder. Efectivamente, vi cómo un grupo de personas se acercaba a mí, con



ademán agresivo y acosador. Cuando se encontraban a una distancia desde la cual podía reconocerlas, se detuvieron. Allí estaban todas las personalidades a las que me había enfrentado hacía diez años en aquel valle, donde, con mi opinión negativa, aborté la única ocasión que se le presentó al Ser Humano de relacionarse directamente con seres de otros mundos. En el valle me sentía protegido por el Gran Lunyss, pero en aquel momento sólo estaba yo frente a mis posibles verdugos. Miré a mi alrededor con la esperanza de que alguien pudiera ayudarme, pero:

Personas y más personas se aproximaban por todas partes. Se acercaban cada vez más, señalándome con el dedo y gritando, aunque no podía apreciar con claridad lo que decían. Encabezando aquella manifestación se encontraba el portavoz y las personalidades que se encontraban en el valle diez años atrás. El círculo se reducía a una velocidad increíble. Cuando creí que me pisotearían en menos de cinco minutos, se detuvieron, y todo se quedó en silencio. Por sus miradas comprendí que no venían a felicitarme por mi cumpleaños.

«Sé que estoy soñando» pensé. «Si cuando toda esta multitud decida hacerme daño no acude alguien para salvarme, me despierto, y asunto arreglado»; lo mismo que sucedía en otros sueños, que cuando me





caía por un acantilado, antes de chocar contra el suelo, pensaba que estaba soñando y me despertaba.

Después de haber encontrado la solución en el caso de que mi vida estuviera en peligro, decidí ser yo el primero en hablar.

—Deberíais dar media vuelta y caminar en dirección contraria; si no, os atropellaréis unos a otros.

—¡Te atropellaremos a ti! —Gritaron todos al unísono.

—¿Por qué?

—Porque nos insultaste a todos —dijo el portavoz—. Nos faltaste al respeto. Hiciste una crítica tan negativa de lo que sucede en este mundo, que impediste que el Ser Humano se relacionase por primera vez en la historia con seres extraterrestres. Te aprovechaste de la ingenuidad de nuestro visitante para convencerle de que dicha relación era imposible, debido a nuestra estupidez.

—No, señores. Yo no dije nada por mi propia iniciativa. Alguien me utilizó para haceros llegar un mensaje muy importante para toda la humanidad.

—Te advertí en aquella ocasión —dijo el portavoz haciendo caso omiso a mi comentario— que tu destino sería muy incierto y ahora llegó tu hora: morirás por lo que has hecho.



—¡Yo no he hecho nada!

—¡Has escrito un libro vergonzante para todos nosotros!

—¡Yo no escribí ningún libro!

Al mismo tiempo que todos avanzaban varios pasos al frente reduciendo peligrosamente mi espacio, levantaron su mano derecha con la que sostenían un pequeño libro en cuya tapa, en letras muy grandes, se podía leer:

“EL CIUDADANO INSIGNIFICANTE Y EL ABUELO MISTERIOSO”

—¡Yo no escribí ese libro!

—¡Tú escribiste este libro, y morirás por tal osadía! —Gritaron todos.

Pensé en lo que me había dicho el abuelo: “en cualquier situación que te encuentres, por muy difícil que ésta sea, siempre habrá una salida”.

La única salida que tenía era la de despertarme en el último momento. Lo intenté, pero no obtuve ningún resultado. Pensé que quizá el abuelo sería el responsable de lo que estaba sucediendo y le llamé con todas mis fuerzas:

—¿Escribió usted este libro, abuelo? ¿Puede decirme dónde está la salida que tanto ha pregonado? ¿Y usted, dónde está? ¡Me ha metido en un buen lío y ahora me deja en manos de estos salvajes!



Ya no quedaba apenas espacio entre ellos y yo. Efectivamente, había llegado mi hora. Sentí que alguien que se encontraba a mi espalda posó su mano sobre mi hombro derecho. Me quedé helado y con la mirada fija en aquella multitud que pretendía acabar con mi vida. Aprecié un gesto de sorpresa en sus caras, lo cual me indicaba que quien había colocado su mano sobre mi hombro no era uno de ellos. Giré la cabeza muy lentamente, y:

—¡Abuelo! —Grité.

—Hola amigo.

Le di un fuerte abrazo y saltando de alegría, dije, dirigiéndome a la multitud:

—¡Es el abuelo! ¡Es un extraterrestre! ¡Es el protagonista de ese libro! ¡Es mi amigo!

—Ja, ja, ja, ja. —Reían todos como si se hubieran vuelto locos.

Cuando se tranquilizaron, dijo el portavoz:

—A nosotros no podrás convencernos tú, ni tus fantasías. Moriréis los dos.

—¡Pero yo no escribí ese libro! —Dije, mirando hacia el abuelo.

—No, pero pensaste hacerlo, y yo me encargué de transmitirlo al subconsciente de todos los Seres Humanos.

—¡Estupendo! Y ahora, teniendo en cuenta que no existe una posible salida, moriremos los dos, gra-



cias a su desafortunada transmisión. Porque en este caso, no existe ninguna salida ¿verdad, abuelo?

Mientras la multitud continuaba amenazándonos, el abuelo empezó a temblar. Supuse que estaba muy asustado y que nadie podría salvarnos. Le dije que no se asustara, pero cada vez temblaba más y más. Intenté decirle a toda aquella gente que estaban equivocados, pero antes de pronunciar la primera frase observé con sorpresa que todos habían retrocedido un paso atrás y sus caras reflejaban un estado de sorpresa y desconcierto. De nuevo miré al abuelo y sólo pude ver su silueta. Su cuerpo físico había desaparecido. Aquel Ser de energía comenzó a girar sobre sí mismo, cada vez a más velocidad y aumentando su campo de acción hasta que cubrió todo el espacio que existía entre la multitud y yo. Me encontraba en medio de aquella nube de energía en movimiento y sentía que mi cuerpo se había desintegrado y convertido en infinidad de partículas diminutas. Aquella situación no puede explicarse con palabras. Sintiéndola, fui consciente de que vivimos en un mundo tan limitado que está a millones de años luz de alcanzar lo que la Naturaleza tiene reservado para nosotros. De repente, caí con todo mi peso sobre el suelo. Comprobé que había recuperado mi estado normal y a mi lado se encontraba el abuelo con la misma apariencia de antes, o



sea, la de un vagabundo hundido en la miseria. Toda la multitud que había pretendido pisotearnos había sido desplazada a más de doscientos metros, acurrucándose unos con otros, protegiéndose de algo que ellos creían que era superior a cualquier fenómeno conocido por el Ser Humano.

—¡Bien, amigos! —Gritó el abuelo—. Estoy aquí para impedir que este hombre sea ejecutado antes de haber sido juzgado, como así lo exigen vuestras leyes. Juzgaréis su proceder y si resulta culpable podréis ejecutar la sentencia sin que nadie pueda evitarlo. Yo seré su abogado defensor y exigiré que todo se desarrolle según las leyes establecidas.

No hubo risas ni carcajadas, sino un respetuoso silencio.

—De acuerdo, amigo —dijo el portavoz—. Si tú cumples tu palabra, nosotros celebraremos este juicio con total honestidad, aplicando las leyes con justicia y objetividad. Te pedimos que nos des tu palabra de honor de que no habrá ningún impedimento por tu parte para que podamos ejecutar la sentencia, en el caso de que resulte culpable.

—Tenéis mi palabra de honor.

—Gracias.

Mientras todos se preparaban para juzgarme, el abuelo y yo nos estrechamos la mano y sonreímos abiertamente.



—Gracias, abuelo, por venir cuando te necesitaba. Supongo que tendrá todo preparado para mi defensa.

—Recuerda que estoy aquí para evitar que te lincharan sin haberte juzgado antes. A ti corresponde defenderte y justificar lo que dijiste en aquel valle, acusando a la mayoría de los seres humanos que viven en este planeta. Si tú crees que has actuado correctamente, no tendrás ningún inconveniente para justificar tu actitud.

—Creo que actué correctamente, pero intervine en la asamblea porque usted y el gran Lunyss me lo pidieron.

—Y ahora yo te pido que efectúes tu defensa según tu criterio y conocimiento de lo que has dicho aplicando en todo momento tu verdadera opinión.

—Eso significa —le dije un tanto contrariado— que su misión en este caso ha terminado. Quizá le gustaría presenciar mi ejecución, pero quiero que sepa que en este planeta, a pesar de todos los males, defectos y contrariedades, somos capaces de ayudar a un amigo, e incluso dar la vida por los demás si la situación lo requiere. No sé de qué le sirve a usted tener tanto poder si no es capaz de salvar a un amigo de la horca.

—Efectivamente, tengo mucho poder, pero no soy un Ser Humano.



—¿Qué quiere decir?

—Tú mismo lo descubrirás si efectúas una defensa constructiva y basada en la realidad de vuestro mundo actual. Si lo haces así, no sólo encontrarás la respuesta, sino que salvarás tu vida. Tu poder es la verdad, la honestidad y el amor a la vida en general. Con todo eso puedes llegar a ser tan poderoso como yo.

—Por favor, abuelo, cálese. Cuanto más habla, menos entiendo.

Se sentó en el suelo en la postura del loto, con los ojos cerrados y colocando las manos sobre ambas rodillas. Entendí que debería enfrentarme yo sólo a toda aquella gente marcada por el resentimiento y hambrienta de venganza. Delante de todos ellos estaba situado el Juez, quien dictaría sentencia, según su criterio de la justicia. Comenzó aquel gran y desigual juicio diciendo:

—Estamos aquí para juzgar a un simple ciudadano por creerse más listo que todos los habitantes del planeta. Sus opiniones son ofensivas. Es capaz de menospreciar la inteligencia y el proceder de los más ilustres personajes de nuestra época, acusándoles de conducir el planeta hacia el abismo con su erróneo criterio de la evolución. Si le condenamos por tal delito, tendríamos que condenar a todos los



simples ciudadanos del mundo. Porque todos sabemos que, a pesar de que no han realizado estudios superiores, no están especializados en ninguna materia determinada ni dedican un tiempo mínimo a culturizarse y a auto-realizarse para poder adquirir una visión amplia y veraz de la realidad de nuestra evolución, tienen la osadía de dar lecciones a profesionales que han pasado toda su vida preparándose, fieles a su vocación y entregándose en cuerpo y alma para conseguir el bienestar de toda la Sociedad. Estos simples ciudadanos son capaces de dar soluciones a los problemas de un país, dar consejos al entrenador de su equipo de fútbol favorito, decirle a un ministro cómo debe administrar su ministerio o a un presidente de gobierno cómo ha de gobernar y, si se presenta la ocasión, también son capaces de criticar una sentencia de cualquier juez, a pesar de que no tienen ningún conocimiento de las leyes. Entienden de cualquier tema que se le presente y dan la sensación de que no se merecen estar donde están, mientras otros, con menos capacidad, ocupan puestos relevantes y con ciertos privilegios. Estos simples ciudadanos saben de todo, pero de “boquilla”. Por todo esto no es posible condenar a nadie, ni tan siquiera juzgarle. Pero el caso que nos ocupa es diferente. No se trata de juzgar a alguien que





expresó su descontento con la evolución de la raza humana en lo que afecta a su forma de vivir y tratar su entorno natural. Se trata de juzgar a un ciudadano irresponsable, osado y pedante, que aprovechó una situación única e importante para el Ser Humano para causar un daño irreparable a éste, evitando, con sus fantasías y teniendo a su favor la ingenuidad de un Ser que procedía de otro Mundo, la relación entre ambos. Es como si una motita de polvo penetrara en la máquina más sofisticada del mundo, inutilizándola. Este simple ciudadano es una “motita de polvo”. Su insignificancia no le impide destruir un acontecimiento único en la historia de la humanidad, cuando se encontraba por casualidad en un lugar determinado, donde se producía un encuentro entre seres de este mundo y seres extraordinarios procedentes de mundos desconocidos para nosotros. A pesar de que venían con la intención de relacionarse con los Seres Humanos, este simple ciudadano o “motita de polvo” se aprovechó de la oportunidad que le brindó el azar para convencerles de que dicha relación sería imposible debido a la complejidad de los habitantes de este planeta. Pero eso no es todo. Su desfachatez culmina cuando escribe y publica todo lo que sucedió aquel día en el valle donde se produjo el encuentro del extraterrestre con



los Humanos. Estamos aquí para juzgarle y, si la mayoría lo considera culpable, ejecutarlo. Ruego al abogado defensor que dé comienzo a las alegaciones que crea conveniente para la defensa del acusado.

Viendo que el abuelo se encontraba meditando, comprendí que debería ser yo mi propio abogado defensor. Caminé varios pasos hacia delante y me detuve frente al gran juez, detrás del cual estaba situada toda aquella multitud. Fuera cual fuere el resultado final, aquel día sería el más importante de mi vida. Si me declaraban inocente, supondría una nueva trayectoria para todo lo que representa la vida en este maravilloso mundo al que pertenezco. Si resultaba ser culpable, no sería responsabilidad mía lo que sucediera en el mundo, sino de toda la raza humana. Morir por defender la continuidad de la vida en la tierra, sería un honor para mí.

—Con su permiso, señor juez —comencé diciendo.

En aquel preciso momento, mi mente se nubló. Tuve la sensación de que todos mis recuerdos desde que nací habían desaparecido de mi memoria. Estaba vacío. No recordaba mi nombre ni sabía quién era. Di media vuelta y miré directamente al abuelo. De repente, todo aquel vacío que había experimentado se llenó de luz y claridad. Recuperé mi



identidad y por mi cabeza pasaban infinidad de ideas concretas y debidamente ordenadas. De nuevo miré al juez y comencé mi defensa diciendo:

—Señor juez, el abuelo sólo está aquí para evitar que me ejecutaran antes de ser juzgado. Yo ejerceré mi propia defensa.

—Tanto mejor —dijo el juez—. Así, todo será más fácil y rápido, ya que no disponemos de tiempo para perderlo con insignificancias y tonterías.

—Como resulta que es mi vida lo que está en juego, señor juez, me defenderé a mi manera. Se trata de justificar lo que ha sucedido, sucede y sucederá en este Mundo según mi propio criterio, y no me pondré a la intemperie de sus preguntas ni a las de las personas que se han sentido ofendidas. Si mi interpretación de los hechos les convence, me declararán inocente y algo empezará a cambiar en sus enturbiadas mentes. Si me declaran culpable no estaré triste porque mi final esté próximo, sino porque el destino de todo lo que representa la vida en la Tierra, ya sea humana, animal o vegetal, será negro y abocado a la destrucción.

—Se le permite al acusado defenderse como crea conveniente. Quizá eso sea su último deseo.

Todos se rieron de buena gana.

—Reconozco que soy un simple ciudadano, lo cual no significa que me considere una persona



menos digna que cualquier otra, por muy importante que ésta se crea que es. Todos somos importantes. Nadie es imprescindible. Todos dependemos de todos. Si pagamos por algo, debemos de estar agradecidos a quien nos sirve. Si servimos a alguien debemos de estar contentos porque ese alguien nos necesita y paga nuestros servicios. Si no hubiera ciudadanos, no habría presidentes de gobierno, ni reyes, ni jefes de Estado, ni dictadores, etc. Sin embargo, aunque no existieran todos estos jefes, reyes, presidentes y dictadores, quizá la tierra estaría poblada de ciudadanos dignos y felices. Con esta simple introducción, pretendo que tengan una pequeña referencia de la persona que están juzgando. Nací hace sesenta y cuatro años en una aldea de Galicia. A los siete fui a la escuela. Aquel maestro fue para mí alguien que marcó mi vida. El último día que asistí a clase, en mil novecientos cincuenta y nueve, cuando había cumplido los catorce años, me dijo:

—“Sé siempre fiel a la educación, a la cultura, al respeto a los demás y a todo lo que pueda engrandecer tu persona. De ello dependerá que tu vida tenga sentido en todo momento”.

—Unos días antes, el señor Bandín había llamado a mi padre para decirle que sería muy conveniente que yo estudiara una carrera universitaria. Decirle



eso a un padre de familia de once personas, que sólo contaba con lo poco que unas pobres tierras producían, era algo utópico y surrealista. Ni tan siquiera se comentó el tema en casa. Yo lo comprendí, pues a los catorce años era consciente de la situación. No estudié una carrera, pero el mismo día que dejé la escuela ingresé en la Universidad de la Vida. Empecé a trabajar para poder vivir y fueron pasando los años. Mientras todo el mundo se obcecaba en subirse al carro de la evolución, que cada día alcanzaba más velocidad, yo, aunque también viajaba en dicho carro, vivía un poco despistado, ya que mi objetivo era estudiar lo que sucedía en el Mundo y por qué. Para eso debía ser totalmente independiente. Dicha independencia incluye no admirar a nadie, (EXCEPTO A UN GRUPO DE PERSONAS MUY REDUCIDO), no ser fan de ningún equipo de fútbol u otro deporte, no practicar ninguna ideología política, no pertenecer a nada que suponga fanatismo, y resumir todas las religiones en un solo concepto: “DIOS”. Mientras los demás tenían una idea determinada de la riqueza y la adquirían, según su criterio, yo intentaba ver la vida desde una perspectiva diferente. Mis sesenta y cuatro años supondrían un camino de espinas si mi filosofía particular no me hubiera hecho comprender que cada situación que surge en nuestra



vida, por muy desagradable que ésta sea, forma parte de nuestra existencia. Ésta será mi tesis definitiva. Si la supero, deberá de servir para que toda la Humanidad reflexione sobre su destino. Si no sé transmitir todo lo que he aprendido en esta particular Universidad en sesenta y cuatro años, tampoco habré perdido el tiempo, ya que después de tantas venturas y desventuras considero mi vida como una excursión apasionante y maravillosa.

—No estamos aquí para que nos cuente su vida —dijo el juez—. Deseamos escuchar sus alegaciones para poder dictar sentencia. Ése fue el trato.

—Muy bien —dije—. Intentar relacionarse con seres de otros mundos es un error más de los muchos que está cometiendo el Ser Humano. Si éste no cambia su trayectoria, jamás conseguirá evolucionar su mente, que es, en definitiva, la que ha de alcanzar un nivel suficiente para poder llegar a alguna parte del Universo. Mientras que los humanos crean que la evolución significa crecer económica y científicamente y llegar a alguna parte utilizando las máquinas, además de no llegar a ninguna parte, estarán perdiendo ese tiempo precioso que deberían dedicar a evolucionar mentalmente. Mientras nuestros visitantes viajan a través del tiempo y del espacio, los seres humanos se entretienen en fabricar juguetes.



Eso sí, cada vez más sofisticados. Ése sería su primer error. El segundo sería que mientras se dedican a evolucionar científica y económicamente, se olvidan de que este maravilloso mundo va hacia su desaparición.

Me acerqué al abuelo y éste continuaba meditando.

—¡Abuelo!

—¿Qué pasa, amigo?

—Les pediré perdón y les diré que siento mucho haberles ofendido. Les prometeré que jamás volveré a hacerlo y me perdonarán.

—Desde el momento que pidas perdón, estarás reconociendo tu culpa. Te matarán, y yo no podré hacer nada para evitarlo, aunque mi deseo sería salvarte. Pero quizá ni tan siquiera pueda hacer nada por mi vida.

—¿Qué quiere decir, abuelo?

—Nada, amigo, nada. Procura hacer lo posible por salvarte. Desde este momento no cuentes conmigo para nada.

Preocupado por las palabras del abuelo, me dirigí de nuevo al juez y situándome en el lugar desde el cual podía ver perfectamente a toda aquella multitud impaciente porque todo terminara para poder llevar a cabo su venganza, continué.



—Haré un resumen —dije decididamente—, de todo lo que aprendí en la Universidad de la Vida, lo cual será como un espejo en el cual se verán todos ustedes reflejados. Si consigo que se reconozcan a sí mismos, toda la humanidad se beneficiará. Si no, el ser humano desaparecerá sin haber llegado a ver más allá de su nariz. Si cualquiera de ustedes invita a unos amigos a pasar unos días en su casa, se preocuparán de ofrecerles lo mejor para que se sientan felices y contentos y se marchen satisfechos del buen trato que ustedes les han dispensado. Pero si unos seres tan especiales como resultan ser los Lunyss visitan nuestro mundo, ¿qué pueden ofrecerles ustedes para que su estancia en nuestro planeta sea satisfactoria para ellos? Deberán contarles la verdad, ya que los Lunyss son seres tan evolucionados, que pueden leer la mente humana como cualquiera de ustedes leería un folio mecanografiado.

—¡Señor acusado! —Exclamó el juez—. Si en este momento recibiéramos la visita de los “lunejos” esos que usted menciona, le nombraríamos a usted anfitrión y, teniendo en cuenta que es tan listo, se sentirían como en su propia casa.

La carcajada que escuché a continuación de todos los asistentes, me hirió profundamente. Me encontraba en una situación con pocas salidas, teniendo





en cuenta que el abuelo no me apoyaría. Debía tomar una decisión: retroceder o avanzar. Decidí avanzar y enfrentarme a la situación.

—Señor juez y ciudadanos del planeta Tierra. ¿Quién no ha deseado tener, en algún momento de su vida, un amigo que le dijera que está equivocado, aun a costa de que dicha advertencia hiriera sus sentimientos? Ustedes están equivocados, y yo seré ese amigo que inconscientemente necesitan para que les recuerde que si creen ciegamente en su proceder, corren el riesgo de vivir en la equivocación durante toda su vida, pasando dicha herencia de padres a hijos y no advirtiendo el error hasta que todo lo que significa vida se destruya. Dudar es de sabios, pero ustedes están a años luz de la sabiduría, por la seguridad que ostentan en su rígida actitud.

—¿Le importaría dejar de dirigirse a todos los seres humanos y atender a nuestros visitantes, los “lunáticos”, para que cuando se marchen se lleven una buena impresión de todo lo que han visto y oído en este maravilloso planeta y al mismo tiempo estaría usted efectuando su propia defensa? —Dijo el juez irónicamente, como última advertencia.

—Creo que se están burlando de mí.

—No, señor acusado. Sólo sentimos curiosidad por saber qué estupideces les diría a los extraterres-



tres, en el caso de que fuera su anfitrión en nuestro Planeta.

—De acuerdo —dije—. La presencia de los Lunyss será fruto de mi imaginación y de la de todos ustedes. Pero lo que yo les contaré a ellos, será la cruda y fatídica realidad.

—Adelante. Comience ya.

—Ustedes no les verán ni tampoco podrán oírles. Sólo me oirán a mí. Ahí vienen —dije—. ¡Ya están aquí!

—¡Hola amigos! ¡Bienvenidos! Soy vuestro anfitrión en este maravilloso Planeta. Todas estas personas que se encuentran aquí constituyen la mayoría de los Seres Humanos que pueblan la Tierra.

Allí estaban, según mi visión particular, millones de Lunyss, que formarían una escalera que llegaría, por lo menos, hasta el cielo.

—Bien —dije—. He dicho la mayoría, porque además existe una minoría, la cual os presentaré más adelante. Quizá hayáis elegido el planeta más maravilloso que pueda existir en todo el universo. Después de enviar mensajes hacia todos los rincones del cosmos conseguimos que el gran sueño del ser humano se haga realidad: “la visita de seres de un mundo lejano”. Veo que sois seres muy evolucionados, pero da la casualidad de que el ser humano



también ha evolucionado en los últimos doscientos años, casi a la velocidad de la luz. Por lo tanto, estamos en una situación óptima para entablar relaciones con cualquier visitante que exista en el amplio Universo, dispuestos a intercambiar opiniones, conocimientos y, si es necesario, ayuda de cualquier clase.

Miré al juez y, lo mismo que el resto de la multitud, presentaban cara de satisfacción, una ligera y afectuosa sonrisa y hacían gestos afirmativos con la cabeza, mientras yo pensaba:

“Vanidad, una de las múltiples cualidades del ser humano”.

—.../... (Imagino que los Lunyss me dan las gracias) —dije.

—De nada ¿Os gustaría saber todo lo bueno y malo que existe en el planeta Tierra?

—.../...

—De acuerdo. Empezaré por lo malo. Como decimos aquí, los malos tragos, primero. O si no, decididamente, intercalaré lo bueno y lo malo, para evitar que se produzca algún suicidio, motivado por el asco y la repugnancia.

—.../...

—Exactamente, buscaré el equilibrio, aunque quizá no disponga de material suficiente para conse-



guirlo. Y para que no creáis que el primer ser humano que os encontráis en la Tierra es un “pesado”, daré comienzo a la presentación, para satisfacer vuestra curiosidad. Os contaré todo lo que recuerdo de los últimos cincuenta años, lo que os servirá para concretar una idea definitiva de lo que resulta ser esta ¿civilización?, con la que acabáis de contactar.

—¡Quiere usted empezar! ¿O quizá desee que dicte-  
mos sentencia ateniéndonos a sus vaguedades? —  
Gritó el juez.

—Ahora os pido, queridos amigos Lunyss —dije ignorando la advertencia del juez y señalando a los engalanados prepotentes—, que veáis aquellos personajes que parecen seres superiores a todos los demás. Son quienes mandan o han mandado en sus respectivos países. Unos han conseguido el poder por la fuerza, lo que llamamos aquí por medio de un golpe de Estado. Otros, para disimular ante el mundo, subieron al poder mediante votaciones supuestamente democráticas, obligando de alguna forma a los ciudadanos a ejercer el voto en su favor. Una vez en el poder y arropados por una amplia pandilla que a su vez disponía de recursos suficientes para arrasar con todo aquel que no pensara o actuara en consonancia con los poderes establecidos, se convertían en los dueños y señores de la



riqueza del país al que decían gobernar y eliminaban a todo aquél que podría significar un impedimento para sus planes, aludiendo que constituían un grave peligro para la convivencia y la seguridad. Otros de esos impostores de la verdad y la justicia persiguieron y eliminaron cruelmente y con el pretexto de hacer limpieza étnica, a casi toda una raza, pretendiendo hacer creer al resto del mundo que eran seres inferiores y que era necesario acabar con ellos. Otros, una vez en el poder, han llegado a la conclusión de que parte de los ciudadanos que habitaban en el país que ellos gobernaban, sobraban. Había que eliminarlos. Pero, qué casualidad, que ellos jamás se encontraban en la parte sobrante. Por lo tanto, tendrían que ejercer de verdugos. Miles de personas desaparecidas, miles de niños secuestrados, miles de personas torturadas, enterradas en fosas comunes, arrojadas al mar, etc., etc. Todos estos individuos y similares practicaban, supuestamente, una religión. Después de cometer sus atrocidades, buscaban refugio en sus creencias religiosas pretendiendo justificarse ante su Dios.

—.../...

—¡No! ¡No! Todos esos dictadores han nacido como cualquier otro ser humano. Han hecho caquita y se han meado y babeado como todos los niños.



Según han pasado los años fueron adquiriendo la forma de personas adultas, con el agravante de que la caca mental, en vez de desaparecer, fue aumentando paulatinamente. Hicieron todo el daño que han podido, llegaron a viejos y su aspecto llegó a ser el de unos piltrafillas inútiles, listos para regresar al lugar de donde nunca deberían haber salido. Lo malo de todo esto es que, en su maldita vida, no han conseguido reciclar ni un solo gramo de energía, por lo que entiendo que volverán a nacer y repetirán sus atrocidades una y otra vez.

—.../...

—Sí, los ciudadanos de esos países donde sus gobernantes se apoderan de la riqueza, tienen dos opciones: acatar las normas establecidas, o si pretenden comer y vivir como personas, huir a otros países donde saben que se respetan los derechos humanos; aunque a veces mueren en el intento. Los que consiguen llegar, no siempre alcanzan ese derecho a vivir dignamente.

—.../...

—No, no todos los gobernantes son como estos que acabo de mencionar. Muchos llegan al poder con todas las garantías legales. Algunos de esos países están considerados como los más importantes, avanzados, evolucionados, democráticos, ricos e



inteligentes del mundo. Pretenden ser los árbitros de todo lo que sucede en el Planeta. Si algún país pretende desmarcarse y actuar por su cuenta, que a veces resulta peligroso para la convivencia mundial, la única solución que ven es la de declarar una guerra directa o indirectamente contra ese país masacrando a sus ciudadanos y destruyéndolo. Los científicos de dichos países han progresado tanto, que son capaces de llegar a otros planetas con sus naves espaciales e inspeccionar por medio de telescopios y otros inventos hasta los confines del Universo... Perdón, de nuestra galaxia. La gran evolución tecnológica ha supuesto un avance importantísimo en la calidad de vida (como decimos aquí) de las personas. Pero en dicha evolución tecnológica, como en todas las facetas de la vida, existe la parte negativa: La bomba atómica, armamento nuclear, armamento químico, dominio de grandes técnicas de control de unos países sobre otros, energía nuclear, etc. etc.

—.../...

—Porque todos estos fenómenos tecnológicos, en poder de los seres humanos, pueden significar la destrucción parcial o total de la vida en la Tierra. Por el momento se entretienen en declarar guerras unos a otros utilizando medios convencionales, matando a miles de ciudadanos y destruyendo pueblos y ciuda-



des. Da la puñetera casualidad de que ni los que declaran la guerra ni su pandilla se encuentran jamás en el campo de batalla, defendiendo su causa. Son los hijos de la clase media y baja los que son utilizados como material humano de guerra. Algunos de estos gobernantes mantienen la pena de muerte en su país, a pesar de ser los más avanzados del mundo, equiparándose a los países menos desarrollados. Son capaces de decir, cuando declaran la guerra a otro Estado: “vamos allá; que Dios nos ayude”.

—.../...

—La mayoría de las veces, el motivo de una guerra son los intereses económicos. Otro motivo puede ser la frontera entre dos o más países, que se les hace el mundo pequeño y temen caerse al vacío. Pero lo más sorprendente es que existe cierta clase de personas que engañados desde su infancia por los fanáticos de turno, creen ser los elegidos de Dios y, para eliminar a una parte del mundo, son capaces de morir matando, por su propia convicción. ¡Pobre Dios! ¡Qué bajo concepto tienen de Él!

—.../...

—Sí, en mi país existe una clase de terroristas muy extraños. En más de cuarenta años he dedicado mucho tiempo a estudiar el significado de su actitud, y he llegado a la siguiente conclusión: teniendo



en cuenta que con la disculpa de luchar por la libertad de su pueblo matan a cualquier persona que se encuentre en su camino ya sean mujeres, hombres o niños que nada tienen que ver con su causa, a pesar de eso, yo no puedo odiarles. Como tampoco odiaría a un niño de dos años, que por indicación de “alguien” arrojará una bomba en un supermercado. Pienso que ese niño, cuando creciera no arrojaría dicha bomba, a pesar de que se lo ordenara ese “alguien”. No lo haría, porque ese niño, HA CRECIDO. El terrorista ha nacido, pero desgraciadamente, no ha crecido, por lo que tampoco es consciente de que “alguien” le ha engañado. Ese “alguien” que es muy listo y tiene muy mala leche, vive y aparenta ser un ciudadano respetable, envía a sus hijos a los mejores colegios y jamás les inculcará la idea de utilizar medios violentos para luchar por sus ideas ya que sabe que eso significaría ser un asesino, estar perseguido por la justicia y pudrirse en la cárcel, renunciando a todos los derechos que tenemos los seres humanos, sólo por el hecho de serlo. Yo les diría a esos muchachos que todavía no han dado el primer paso hacia la estupidez: tenéis derecho a vivir igual que las demás personas. Disfrutar de vuestra juventud. Convivir con vuestros hijos, verlos crecer y ayudarles para que sean personas tan íntegras y



dignas como los hijos de los que pretenden engañaros ladrando en la sombra. A esos perros hacédles un corte de manga y decirles que salgan ellos a matar ya que vosotros tenéis toda una vida por delante y queréis ser los dueños de vuestro destino, además de ser personas tan íntegras que sois capaces de luchar por vuestras ideas como seres civilizados e inteligentes.

—.../...

—¡No! No creáis que nuestro planeta está gobernado únicamente por personas indeseables, oportunistas, hambrientas de poder, irrespetuosas con la dignidad humana y manejando los hilos que a ellos interesa. Existe infinidad de personas que dedican toda su vida al servicio de su país. Son políticos vocacionales a los cuales debemos respeto y gratitud. Sin ellos, los dictadores y oportunistas se harían dueños de todo, pasando por encima de los derechos fundamentales de los ciudadanos. Pero todos estos políticos honrados y dispuestos a dedicar su vida a conseguir un mundo “ideal”, necesitan la colaboración de muchas personas, las cuales no siempre son de la categoría, honradez y dignidad que requiere un cargo decisivo en la organización de un país. Algunos van, premeditadamente, con la única obsesión de enriquecerse y alcanzar un nivel de vida eco-



nómico tan alto, que sería imposible conseguir siendo honrado, por muy alta categoría profesional que tuvieran. Otros entran en política con la mejor intención de servir al pueblo, pero teniendo en cuenta que son Seres Humanos, poco a poco irán formando parte de la manada de buitres carroñeros, irán cogiéndole gusto al dinero y otras bonificaciones y terminarán aumentando la distancia entre ellos y la honradez, traicionando a los verdaderos políticos y haciendo que éstos, decepcionados, abandonen la política y el servicio a los demás, dedicándose única y exclusivamente a su propia vida, porque la filosofía del progreso y la evolución de ciertos personajes escapa a su entendimiento.

—.../...

—¿Queréis saber cuál es nuestra filosofía de vida?

—.../...

—Desde hace cincuenta años —que es hasta donde llegan mis recuerdos—, puedo relataros tres sistemas de vida: el sistema comunista, cuyos inventores pretendían que se extendiese por todo el mundo con la intención de que este planeta se convirtiera en una balsa de aceite. Lo malo de dicha pretensión era que creían que su sistema debía imponerse por la fuerza y dominar el mundo con su filosofía. Como todo buen Ser Humano, utilizaban la



fuerza bruta y la imposición para conseguir sus objetivos, olvidándose de que la sencillez, la educación, la cultura y la formación son cualidades imprescindibles para alcanzar la verdadera libertad. Este sistema fue fracasando y, en estos momentos, está dando sus últimos coletazos.

—El sistema capitalista, que evolucionó increíblemente, siendo el motivo del fracaso comunista. Este sistema nadie te lo impone. Si no eres capaz de asimilarlo, te morirás de asco y a nadie le importarás. Es como un carro; si no te subes quedarás descolgado mientras vivas. Si te subes, vivirás según tus posibilidades. Unos son ricos, otros pobres y todos somos esclavos: unos esclavos de los otros, y otros esclavos de los otros y de sí mismos. Creemos que somos felices porque confundimos felicidad con satisfacción. Si estamos satisfechos, creemos que somos felices. Pero la verdadera felicidad brilla por su ausencia. No sólo necesitamos el dinero necesario para poder vivir. Queremos más y más. De tal ansiedad surgen cada día más los estafadores, los usureros, los aprovechados y los que luchan por conseguir un puesto político o de otra índole para hacerse ricos, ya que no por vocación. Creemos que somos cultos, porque confundimos cultura con conocimientos. Este sistema de vida está evolucionando a tal velocidad que en pocos años, el ser humano no



podrá detener este carro que se estrellará inevitablemente. Se habla del cambio climático, del calentamiento del planeta, del deshielo, de la deforestación y, todo ello, debido al sistema capitalista cuyo único objetivo es aumentar los beneficios cada año, no importando los fines empleados. Se habla en medios científicos de que pronto será imposible detener este fenómeno, lo que provocará la destrucción de la vida en la Tierra. Últimamente, se reúnen los mandatarios de los países más ricos para solucionar el problema. De sus cínicas reuniones se publican normas de obligado cumplimiento que ellos, mejor que nadie, saben que no significan nada para la solución de un problema tan grave. Se justifican ante el mundo, pero saben que ésa no es la solución, ya que cada día, nuevos países se suman a la evolución económica e industrial. El carro está alcanzando tal velocidad, que sólo existe una forma de detenerlo.

—¿Cuál es la forma de detenerlo? —Preguntó el juez.

—Si consigo salvar mi vida, les contaré una historia, en la cual estará reflejada la solución. Y créame, señor juez, no hay otra. Ahora, si no le importa, continuaré atendiendo a nuestros invitados, para que cuando se marchen se lleven una buena impresión de todos los seres humanos.



—.../...

—¿El tercer sistema de vida? El tercer sistema de vida lo componen la minoría que prometí presentaros anteriormente. Son millones y millones de seres humanos que nacen en países muy pobres, y por si esto fuera poco, gobernados por injertos de personas. Millones de niños mueren de hambre, hombres y mujeres viven en la miseria, y el resto del mundo camina a gran velocidad hacia la destrucción, aunque, para callar su conciencia, de vez en cuando, les dan una limosna. En nuestro planeta, los ricos cada día son más ricos y los pobres, más pobres. Existe riqueza en el mundo para que nadie pase hambre. Pero la filosofía del ser humano es: primero Yo y después Yo. He de reconocer que muchas personas dedican su vida a ayudar de alguna forma a esos seres abandonados, pero eso sólo constituye, lo mismo que dije antes, un gesto para justificar nuestra condición de Seres Humanos. Hace más de tres años, cuando un ricachón pagó más de trescientos millones por dar un paseo espacial en una nave fabricada para tal fin, sin ánimo de reprochar su aventura ya que la pagó con su dinero, deseé con todas mis fuerzas que la noche anterior a su partida tuviera un sueño muy especial:

“Que en el momento de despegar, su nave sufriera una avería y cayera en un lugar donde el hambre,



la miseria y la muerte fueran lo único que encontrara. Miles y miles de niños hambrientos, hombres y mujeres famélicos donde los alimentos y las medicinas no existían en aquella parte del mundo”.

—Allí, su dinero no le serviría de nada. Quizá aquel sueño despertara su profunda condición humana y considerara que no habría ninguna aventura más gratificante que ayudar a aquella gente. La nave no se averió, el hombre disfrutó de su viaje, las moscas continuaron alimentándose con los mocos de aquellos niños, éstos continuaron muriéndose de hambre y el mundo continuó “evolucionando”, como si tuviera prisa en llegar cuanto antes a ninguna parte.

—.../...

—Sí. El sistema judicial es perfecto. Está compuesto por jueces y fiscales, siendo muy importantes también los procuradores y abogados. Imparten justicia basándose en las leyes debidamente aprobadas por las Instituciones correspondientes.

—.../...

—Bueno... Los simples ciudadanos, o sea la mayoría, con nuestra retorcida mente, creemos que en las Instituciones Judiciales es donde más injusticias se cometen. Tenemos la manía de creer que sabemos de todo y resulta que no sabemos de nada, como vino a decir el señor juez anteriormente.

—.../...

—Por ejemplo, creemos que si un estafador estafa miles de millones a miles de ciudadanos, es posible que salga absuelto defendido por los mejores abogados; con su gran experiencia y sabiduría y su retorcida interpretación de las leyes, consiguen que el estafador sea absuelto o sólo le caigan dos o tres años de cárcel, lo que supone para alguien que dispone de tanto dinero, como unas vacaciones experimentales. En otros casos, creemos que dichos abogados provocan intencionadamente la prescripción del delito. Mientras tanto, los miles de perjudicados habrán perdido su dinero, lo cual significa una gran injusticia. Otro caso de injusticia sería aquel que afecta directamente en la vida de una familia y debe esperar más de tres años para que el juicio se celebre, mientras una querrela o denuncia de personas aficionadas a querrellarse o denunciar por cualquier motivo sin importancia puede celebrarse en menos de un mes, a pesar de que el caso no perjudique para nada el ritmo normal de su vida. Creemos los simples ciudadanos que otra gran injusticia es cuando un violador entra en la cárcel y sale sin haber sido curado o castrado. Lógicamente, volverá a delinquir, lo cual significa una injusticia para la víctima y para el propio violador. Se han dado casos en los que éste





aprovechó un permiso penitenciario para violar de nuevo. Se han conocido sentencias en las que la víctima, por ir en minifalda o por un exceso de simpatía, casi debía pedir perdón al violador. Cuando un delincuente arremete, roba o mata a una persona, ha anulado todos sus derechos, pero él continúa beneficiándose de todos los derechos que la Constitución otorga a todas las personas dignas y respetuosas con las leyes y el resto de ciudadanos. Creemos que éstas y otras muchas injusticias se cometen en la conglomeración o maraña judicial. Pero lo que creamos los simples ciudadanos carece de importancia, ya que nuestro criterio no se tendrá en cuenta para nada. A veces sentimos vergüenza ajena cuando conocemos ese tipo de sentencias, porque no podemos aceptar que los jueces son Seres Humanos y, por lo tanto, están sometidos a sus frustraciones, traumas y decepciones pasando por la avaricia y el egoísmo igual que el resto de los mortales. Como dijo el señor juez, los simples ciudadanos creemos que lo sabemos todo, pero de “boquilla”, aunque nos sentimos impotentes ante ciertas personas que ostentan tal poder que administran según su criterio, siendo ellas también víctimas del sistema y de las debilidades humanas.

.../...



—¿Que dónde está la evolución? La evolución está muy clara: Sólo hay que ver cómo vivimos. Toda clase de adelantos tecnológicos, comodidades, nivel de vida, descubrimientos científicos desde los cuales muy pronto el ser humano conseguirá saberlo todo sobre el origen del universo, así como de su propia vida, etc., etc.

—.../...

—Sí, amigos. Eso es lo que entendemos nosotros por “evolución”

—.../...

—¿Que os cuente algo de la evolución mental del Ser Humano? Pues... Veréis... Eh...Bueno...No sé...Creo que me habéis pillado. ¿Evolución mental? ¿Evolución mental? ¿Qué sabéis vosotros de evolución mental, eh?

—.../...

—De acuerdo. Vosotros estáis aquí gracias a vuestra evolución mental y nosotros hemos empezado la casa por el tejado, lo cual provoca involución en lugar de evolución. Jugamos a lanzar piedras hacia el cielo utilizando los adelantos tecnológicos y científicos para ver quién es más fuerte y no somos conscientes de que esas piedras, caerán algún día y nos aplastarán como nosotros aplastamos a las cucarachas.

—.../...

—¿Que debido a nuestra ceguera no estamos en disposición de entender cualquier lenguaje que venga de seres verdaderamente evolucionados? Es posible que no —dije, simulando un gran malestar por la impertinencia de la supuesta pregunta—, pero si algún día llegamos a otro mundo menos evolucionado que el nuestro, tendremos la delicadeza de tratarlos con educación y respeto, y no como vosotros nos tratáis, abusando de vuestra superioridad evolutiva. Podéis marcharos y, por supuesto, jamás recibiréis nuestra visita. Existen miles de mundos a los que poder ir, en el caso de que gracias a nuestra involución destruyamos el nuestro. ¡Adiós!

Miré al juez y al resto de la multitud, y dije:

—¡Pero bueno! ¿Quién se habrán creído que son?

El juez me miró fijamente por debajo de la pestaña, y me dijo:

—No sé si es usted más listo de lo que parece, si se está burlando de nosotros, o es tonto de remate.

—¿Me comunicarán la sentencia ahora, señor juez? —Le dije, apresuradamente, intentando cambiar de conversación.

—Si dictara sentencia ahora sería condenatoria. Pero teniendo en cuenta que somos Seres Humanos en los que usted tan poco confía, le daremos la última oportunidad de ganar su inocencia.



—¿Qué debo hacer?

—Contarnos la historia que, según usted, es la única solución al catastrófico destino de todo lo que representa la vida en el planeta Tierra.

Caminé hasta donde se encontraba el abuelo y éste me dijo:

—¿Qué historia les vas a contar?

—Sabe usted muy bien, abuelo, qué historia les voy a contar.

—Sí, amigo. Lo sé. Hazlo con toda la fuerza de tu corazón. Es muy importante que te perdonen. Necesito tu ayuda. Quizá tú consigas salvarte, pero yo creo que estoy viviendo mi última aventura. Si conseguimos cumplir esta misión, me doy por satisfecho. Será la última para mí. No me preguntes nada y date prisa.

Algo le pasaba al abuelo, pero después de escucharle decidí no perder ni un minuto. Me situé frente al juez y a toda aquella multitud dispuesto a contarles la historia que les había prometido y que posiblemente salvaría mi vida. Miré a los que se encontraban frente a mí. Fui girando y mirando a todos los demás, hasta completar los trescientos sesenta grados. Miré al suelo, caminé varios pasos hacia mi derecha, después hacia la izquierda y me detuve. Miré a mi alrededor y no podía creer lo que estaba viendo:



“Millones y millones de Seres humanos que ocupaban aquella infinita llanura se sentaban en el suelo, adoptando la postura del loto, lo mismo que había hecho el abuelo; se les podía confundir con niños de cuatro años, esperando a que su padre o su madre les contaran el cuento de todas las noches antes de dormirse. Me sentía responsable, no sólo de salvar mi vida, sino de satisfacer a toda aquella gente que esperaba que la historia que les contaría fuera más positiva y agradable que todo lo que había sucedido anteriormente. Durante todo el tiempo que duró la narración, caminé muy despacio de un lado a otro, dirigiendo la mirada tranquila y sosegada a todos los que se encontraban a mi alrededor. Y allí estaba el juez, como un niño más del grupo.





## TERCERA PARTE

—Allá por el año dos mil ocho, en alguna parte del Universo, había un planeta que se llamaba Tierra. Se encontraba en una galaxia de nombre Vía Láctea, en la cual existían ocho planetas más y algún satélite como, por ejemplo, la luna. Millones de estrellas, entre las cuales existía una muy especial, fuente de vida y rey de la galaxia: “EL SOL”. Gracias a aquel maravilloso astro era posible la vida en la Tierra, lo cual convertía a ésta en la reina de dicha galaxia y la joya más preciosa que existía en toda la Vía Láctea; con sus mares, océanos, ríos, vegetación, animales de todas clases y una atmósfera tan rica que hacía posible la vida de todas esas especies, ya fueran animales o vegetales. Entre todos los animales, existía uno muy especial. Mientras los demás se guiaban por el instinto que a cada uno le había otorgado la Naturaleza, ese animal tan especial pensaba y decidía por sí mismo, tenía inteligencia y gracias al libre albedrío era dueño de su destino. Aquel Ser



tan especial se llamaba: “SER HUMANO”. Era el propietario de todo el Planeta. Podía enriquecerlo, empobrecerlo, destruirlo, o conservarlo tal y como lo encontró al principio de su existencia. El Ser Humano no sólo era inteligente. En su compleja y maravillosa mente tenían cabida infinidad de cualidades: amor, odio, vanidad, orgullo, rencor, avaricia, ambición, bondad, maldad, y muchísimas más. Nunca fue consciente de que gracias a su libre albedrío podía y debía seleccionar y dirigir la función de dichas cualidades, reforzando las positivas, lo cual debilitaría a las negativas. Aceptó que todas las cualidades se desarrollaran igualmente. Por cuyo motivo, la mente humana, ese misterio por descubrir, continuó siendo inútil en su propia evolución. Sólo se conocía la evolución científica, la tecnológica y la económica. Las tres iban cogidas de la mano, pero la económica era la madre de las otras dos. El sistema de vida de aquellas gentes era tan estrafalario, tan desigual y tan ciego, que poco a poco fueron creando un estado de hostilidad entre todos ellos y consiguieron deteriorar gravemente la vida del planeta y de sí mismos. Provocaron un gran desequilibrio en el clima por efectos del CO<sub>2</sub>, la deforestación, el deshielo y la contaminación de las aguas y del aire. Mientras que en una parte del planeta se hacía notar la sequía





cada año, en otra caían lluvias torrenciales y huracanes que destruían todo lo que encontraban a su paso. Los desiertos aumentaban en la misma proporción que desaparecía la vegetación. En contra de lo que pensaban muchos, todos esos fenómenos naturales no constituían un castigo de la Naturaleza, sino una reacción de ésta ante las agresiones que sufría debido a la inconsciencia del Ser Humano. Los habitantes de muchos países donde la riqueza estaba secuestrada por indeseables, huían hacia los países industrializados, provocando un desequilibrio más en aquel maravilloso Planeta. En los países donde ni tan siquiera había nada de riqueza, la gente moría de hambre y enfermedades. Se iban perdiendo la infinidad de culturas, reduciéndolas todas a una, que era la cultura del dinero. Este metal, de ser necesario para aquel sistema de vida, pasó a convertirse en abono de todas las cualidades negativas que como dije antes posee la mente humana. La escasez de agua debido al cambio climático y la del petróleo debido al alto consumo, empezaba a ser un problema muy grave. Las guerras por el petróleo hacía tiempo que habían comenzado, y muy pronto la escasez de agua sería motivo de enfrentamientos entre países desarrollados. Si donde se producía la escasez de agua era uno de esos países pobres que a nadie inte-



resaba, sus habitantes se morían de sed. Una guerra en aquellos años constituía un peligro para todo el planeta. El armamento nuclear estaba esperando a ser usado y en cualquier momento sucedería. La proliferación de la energía nuclear, a pesar de que los políticos y “comerciantes” aseguraban que la seguridad era del cien por cien, era otro serio peligro a medio plazo. Aunque omitían publicarlo, todos sabían que los efectos radiactivos de los residuos nucleares perdurarían cientos de años. Por otra parte, nadie podía garantizar la seguridad absoluta de las centrales nucleares, lo que significaba que en cualquier momento, una avería o un accidente podía ocasionar miles o millones de muertos. Era imprescindible buscar nuevas fuentes de energía, ya que dependían del petróleo, cuyo producto era de existencia limitada y además era propiedad de unos pocos, los que manejaban el mundo a su antojo existiendo por ello, un riesgo continuo de guerras y destrucción. Mientras tanto, los científicos, en vez de centrar sus investigaciones en la búsqueda de energías alternativas y nuevas formas de producir alimentos, jugaban a llegar más allá del Big-Bang. Necesitaban saber urgentemente el origen del universo, así como el origen de la vida. Buscaban vida en cualquier parte del universo, ignorando que su



propio planeta estaba lleno de vida y necesitaba de sus conocimientos y sabiduría para conservarla. Intentaban, asimismo, crear vida humana mediante medios artificiales, intentando desplazar a la Naturaleza de tan magistral cometido. Algún día, ésta reaccionaría también a causa de tan bestial agresión. Estaban obsesionados en llegar hasta otros planetas con la intención de encontrar seres inteligentes, ignorando los maravillosos seres que existían en el suyo. Se sabía que los cambios en el planeta Tierra habían existido siempre desde su formación. Pero se producían tan lentamente que sus habitantes no los apreciaban. La forma de vivir del ser humano a partir del dos mil ocho produjo tal velocidad en dichos cambios, que si algo o alguien no lo remediara, en menos de cincuenta años, el futuro de la vida en la Tierra sería muy incierto. Efectivamente, pocas décadas tuvieron que pasar para que el desequilibrio climático unido al desequilibrio mental de los Seres Humanos hiciera de aquel Mundo un verdadero infierno. Si en una parte del Planeta el calor era infernal, en otra, el frío y la lluvia hacían imposible la vida. Por si esto fuera poco, las potencias mundiales se amenazaban con sus armas nucleares en un intento desesperado de sobrevivir a tanta desgracia. Las guerras con armas convencionales se habían



extendido por todo el Planeta. Todos los habitantes de aquel maravilloso Mundo presentían que el final estaba cerca. Asumían con convencimiento que, posiblemente, se produciría en meses, semanas o quizá en días. Pero cuando todos lo daban todo por perdido y nadie apostaba ni un solo céntimo por la continuidad de la vida en la Tierra, sucedió algo inesperado y extraordinario:

“Un rayo de luz iluminó hasta el último rincón del Planeta. La luz del rayo entraba hasta los lugares más cerrados, como podía ser un sótano o una casa con todas las puertas y ventanas cerradas. Todo quedó paralizado durante aquella fracción de tiempo indeterminada. Personas, animales, coches, aviones, barcos y toda clase de vehículos se detuvieron allí donde se encontraban en el inicio de aquel fenómeno tan extraordinario”.

De repente, aquel rayo de luz desapareció y todo volvió a la normalidad. Según la apreciación de todos los habitantes de la Tierra, el tiempo se detuvo durante un minuto. Pero los científicos, que siempre tienen la manía de querer ir más allá, dejaban entrever con sus afirmaciones que es posible que el tiempo se hubiera detenido un minuto, dos horas, una semana, un año o quizá varios siglos y que, posiblemente, nunca lo sabrían.



Pero lo que sí sabían todos los habitantes de la Tierra era que aquella misteriosa luz había iluminado sus mentes. Sentían la sensación de haber vivido con los ojos vendados desde que habían nacido. Ante tal descubrimiento, nadie intentó dar un paso más hacia aquel fatídico destino. Veían el pasado como algo que había transcurrido en la pura oscuridad. Todos los jefes de Estado de todo el mundo, intelectuales, científicos, religiosos, ejecutivos, comerciantes y toda clase de personas que por sus cargos habían influido en la construcción de un sistema de vida que consistía en empobrecer a la raza humana, se reunieron para concordar entre todos un nuevo sistema de vida, teniendo en cuenta las nuevas condiciones mentales de todos los habitantes del planeta. Cinco días tardaron en confeccionar un comunicado y nombrar un portavoz que sería quien transmitiría al mundo el resultado de tan importante reunión. Se trataba de un intelectual conocido por todos, por su dedicación a la cultura, a la educación y a la formación de la Sociedad mundial. Todos esperaban con gran ilusión aquel comunicado que sería la guía para la iniciación de un nuevo sistema de vida en la Tierra. Todas las cadenas de radio y televisión de todo el mundo estaban conectadas a un único emisor. Un sentimiento común invadía la



mente de todos los habitantes del Planeta. Por fin, el portavoz apareció en pantalla, y en cuestión de segundos inició su tan esperada intervención:

“ESTE COMUNICADO VA DIRIGIDO A TODOS LOS HABITANTES DEL PLANETA TIERRA, SIN EXCEPCIÓN. DESDE TIEMPOS REMOTOS, TODOS LOS AUGURIOS, PROFECÍAS, CITACIONES EN LIBROS SAGRADOS, PREVISIONES DE CIENTÍFICOS, ETC., NOS INDICABAN QUE EL SER HUMANO, POR SU AMBICIÓN, SU AVARICIA, SU AFÁN DE PODER, SU DESPRECIO POR LA VIDA Y POR SUS SEMEJANTES, SU FALTA DE VALORES, SU ANSIEDAD POR SER MÁS Y MÁS RICO ECONÓMICAMENTE, SU ENVIDIA Y SU DESCONOCIMIENTO DE LA VERDADERA FELICIDAD, SE AUTODESTRUIRÍA, LLEVÁNDOSE CONSIGO TODO LO QUE SUPONE “VIDA”, EN CUALQUIERA DE SUS FORMAS. TODAS ESTAS INDICACIONES Y OTRAS MUCHAS SE HAN INSTALADO EN EL SUBCONSCIENTE DEL SER HUMANO. ÉSTE, INCONSCIENTEMENTE Y EN ACTITUD SUICIDA, CONTINUÓ ADELANTE HACIA EL FINAL DE SU EXISTENCIA. DESPUÉS DE TANTAS PROFECÍAS Y MALOS AUGURIOS PROVENIENTES DE VISIONARIOS Y SECTAS RELIGIOSAS, EL SER HUMANO CAYÓ EN LA “TRAMPA” Y FUE PER-



DIENDO SU AUTOESTIMA, LLEGANDO A ASUMIR SU FATAL DESTINO, DESCONOCIENDO QUE ES UN SER ESPECIAL Y QUE DEBIDO A SU DEPRESIÓN ESTABA DESPRECIANDO LAS CUALIDADES POSITIVAS QUE LA PROPIA NATURALEZA LE HABÍA CONCEDIDO. NO DEBEMOS ESTAR OFENDIDOS POR TANTO AUGURIO Y PROFECÍA NEGATIVA, LO CUAL SIGNIFICA UN MENOSPrecio HACIA LA RAZA HUMANA. DEBEMOS ESTAR MUY CONTENTOS PORQUE POR FIN SE HA ILUMINADO NUESTRA MENTE, A PESAR DE TANTO AGORERO FATALISTA. ALGO O ALGUIEN NOS ILUMINÓ, HACIÉNDONOS COMPRENDER QUE DEBIDO A NUESTRA COMPLEJIDAD SOMOS CAPACES DE DESTRUIR NUESTRO PROPIO MUNDO, O CONSTRUIRLO Y HACER DE ÉL ALGO PROPIO DE UNOS SERES EXCEPCIONALES Y QUIZÁ ÚNICOS EN EL ESPACIO DE MILLONES DE AÑOS LUZ. SOMOS PROPIETARIOS DE UN PLANETA MARAVILLOSO Y DE LA VIDA QUE EN ÉL EXISTE. ES NUESTRO, ES DE TODOS A PARTES IGUALES Y NO PERMITIREMOS QUE NADIE PUEDA DECIR: (MIRA, EL PLANETA TIERRA, UNA MARAVILLA DE LA NATURALEZA, DESTRUIDO POR SUS PROPIOS HABITANTES). REPARAREMOS TODOS LOS DAÑOS Y AGRESIONES QUE HASTA AHORA HEMOS HECHO CONTRA



LA DIVINA NATURALEZA. ÉSTA, QUE ESTABA REACCIONANDO CONTRA NOSOTROS DEBIDO A NUESTRA INCONSCIENCIA, REACCIONARÁ A FAVOR Y LA RECONSTRUCCIÓN SERÁ UN ÉXITO. PARA ELLO, INICIAREMOS HOY MISMO UNA REVOLUCIÓN CULTURAL EN TODO EL MUNDO. LA ÚNICA ARMA QUE UTILIZAREMOS SERÁ LA CULTURA, LA EDUCACIÓN Y LA FORMACIÓN, LO CUAL NOS LLEVARÁ A ALCANZAR LA VERDADERA LIBERTAD. LA ÚNICA RELIGIÓN QUE PROPONEMOS ES LA QUE ESTÁ BASADA EN EL RESPETO A LOS DEMÁS, TENIENDO EN CUENTA QUE TODO LO QUE EXISTE EN EL PLANETA, YA SEAN PERSONAS ANIMALES O PLANTAS ES OBRA DE LA DIVINA NATURALEZA. SOLAMENTE RESPETÁNDONOS UNOS A OTROS Y RESPETANDO EL RESTO DE LA “OBRA”, SEREMOS FIELES AL ÚNICO DIOS QUE CONTROLA TODO LO QUE EXISTE EN EL UNIVERSO INFINITO. SI ALGUIEN CREE QUE DEBERÍAMOS HABLAR DE AMOR, ESE CONCEPTO QUE TANTO HAN PREGONADO UNOS Y OTROS, LE DIRÉ ALGO MUY SENCILLO Y FÁCIL DE COMPRENDER: “RESPETAR ES AMAR”. HAREMOS USO POSITIVO DE TODOS LOS ADELANTOS CIENTÍFICOS Y TECNOLÓGICOS QUE NO PERJUDIQUEN LA VIDA HUMANA, ANIMAL, VEGETAL Y MEDIOAMBIEN-





TAL. TODOS LOS INTELLECTUALES NOS PONDREMOS A TRABAJAR EN LA FORMACIÓN DEL PROFESORADO. ESTE COLECTIVO, UNA VEZ ADQUIRIDA UNA FORMACIÓN ESPECÍFICA, SERÁ LA VOZ DE MANDO DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL. PERO ¿QUIÉNES SERÁN LOS REVOLUCIONARIOS? ¡LOS NIÑOS! EL OBJETIVO PRINCIPAL ES FORMAR UNA NUEVA SOCIEDAD. ELLOS SERÁN EL MUNDO DEL FUTURO. SU EVOLUCIÓN MENTAL IRÁ SIEMPRE POR DELANTE DE CUALQUIER OTRA CLASE DE EVOLUCIÓN. LA SOCIEDAD ADULTA NOS CONFORMAREMOS CON HABER TENIDO EL PRIVILEGIO DE IMPULSAR UN NUEVO SISTEMA DE VIDA EN LA TIERRA, GRACIAS AL RAYO DE LUZ QUE NOS HA QUITADO LA VENDA, ENVIADO POR ALGUIEN SUPERIOR QUE NOS RECORDÓ QUE LA INTELIGENCIA POSITIVA ES UNA DE LAS CUALIDADES IMPRESCINDIBLES PARA QUE NUESTRO LIBRE ALBEDRÍO FUNCIONE CORRECTAMENTE. TODOS NOS SENTIMOS ATERRORIZADOS CUANDO MIRAMOS AL PASADO. EN LA NUEVA SOCIEDAD NO HABRÁ FAVORITOS NI ELEGIDOS, NADIE UTILIZARÁ A DIOS PARA JUSTIFICAR SUS ATROCIDADES E INTERESES Y SERÁ UNA SOCIEDAD SANA, TANTO FÍSICA COMO MENTALMENTE. NADIE SE SENTIRÁ UN DESCONOCIDO PARA LOS



DEMÁS. SEREMOS UNA FAMILIA UNIVERSAL. EL RESPETO NOS UNIRÁ A TODOS Y FORMAREMOS UNA GRAN SOCIEDAD COMÚN EN TODO EL MUNDO. SOMOS CONSCIENTES DE QUE UN CAMBIO TAN ESPECTACULAR NO SE PRODUCIRÁ DE LA NOCHE A LA MAÑANA. LA REVOLUCIÓN CULTURAL HA DE SEGUIR SU CURSO. PASARÁN VARIAS GENERACIONES Y CADA UNA DE ELLAS AVANZARÁ UN PELDAÑO HACIA ESE OBJETIVO PARA EL QUE TODOS PONDREMOS NUESTRO ESFUERZO Y DEDICACIÓN. VEREMOS CÓMO TODO VA EVOLUCIONANDO FAVORABLEMENTE, LO CUAL NOS CONVIERTE EN LOS CONSTRUCTORES DE UN NUEVO MUNDO, SINTIÉNDONOS COMO “NIÑOS CON ZAPATOS NUEVOS”. ES IMPOSIBLE DECIR EN ESTE COMUNICADO CÓMO SE DESARROLLARÁ LA REVOLUCIÓN CULTURAL EN TODOS SUS ASPECTOS. SÓLO DIRÉ QUE LA PRIMERA PIEDRA DE ESTA GRAN AVENTURA CONSISTIRÁ EN DESTRUIR TODO EL ARMAMENTO QUE EXISTE EN TODO EL MUNDO, Y PROVEER DE ALIMENTOS Y MEDICINAS O TODOS AQUELLOS PAÍSES DONDE LA MISERIA Y LA ENFERMEDAD SON EL SÍMBOLO DE UNA SOCIEDAD FRACASADA, INDIGNA DE LLAMARSE “RAZA HUMANA”. INDUSTRIALIZAREMOS LOS PAÍSES POBRES PARA QUE



SUS GENTES PUE DAN VIVIR DIGNAMENTE EN LA TIERRA DONDE NACIERON Y CONSERVAR SU “CULTURA”. DESPUÉS DE ESTO, TODO LO DEMÁS IRÁ SUCEDIENDO PAULATINAMENTE. HOY ES EL DÍA UNO DE AGOSTO DE DOS MIL CINCUENTA Y OCHO. ESTA FECHA PASARÁ A LA HISTORIA COMO LA LÍNEA DIVISORIA ENTRE EL “ANTES” Y EL “DESPUÉS”. OJALÁ QUE EL HILO INVISIBLE QUE UNE NUESTRAS MENTES NO SE ROMPA JAMÁS. TODO LO QUE ACABO DE DECIR NO ES UNA IMPOSICIÓN, SINO EL REFLEJO DE UN SENTIMIENTO COMÚN QUE UNE A TODA LA RAZA HUMANA. POR FIN SE HA HECHO LA LUZ Y COMIENZA UNA NUEVA ERA. EL TÍTULO DE ESTA AVENTURA SERÁ:

“OBJETIVO, LA VIDA”.

—Y esta es la historia más apasionante que nadie haya podido contar jamás —dije, mientras miraba a mi alrededor y comprobaba que todos estaban muy atentos y entusiasmados.

—¡Eh! ¡Eh! Continúa —gritaron todos como si la historia les hubiese sabido a poco.



—¡Qué listo! —Exclamó el juez olvidándose de quién era y lo que representaba—. Nos deja en lo mejor.

De repente se incorporó y recuperando su autoridad, dijo:

—¡Señor acusado! Teniendo en cuenta que su prometida historia ha sido interrumpida cuando a usted le pareció oportuno no la tendremos en cuenta para dictar sentencia. Queremos saber cómo se desarrolló la revolución cultural y si ésta ha tenido éxito o no. En caso contrario, esta última prueba no tendrá ningún valor.

—Señor juez, si les cuento todo lo que sucedió durante la revolución cultural en todos los países del mundo, ésta sería la “historia interminable”. Contando lo que sucedió en un país, sería suficiente para entender la revolución cultural en todo el mundo. Ese país podría ser España.

—De acuerdo. Díganos qué sucedió en España durante la revolución cultural.

—Tomaré como punto de referencia el día que aquel rayo de luz iluminó la mente de todos los Seres Humanos (dos mil cincuenta y ocho), que será la línea divisoria entre el “antes” y el “después”, tratando los temas más importantes que influyeron en la revolución cultural.



—De acuerdo —dijo el juez mientras recuperaba la postura de relax, como todo el mundo.

—Mientras la formación de la nueva Sociedad iniciaba su andadura, la ya existente, aterrorizada por sus errores de “antes” debido a la ceguera, cambiaba completamente su sistema de vida, sin ninguna clase de esfuerzo. Si tenemos en cuenta que su campo de visión de la realidad “después” era de trescientos sesenta grados y el arma principal el respeto a los demás, todo resultaba fácil y sencillo. Todos se avergonzaban de su vida anterior, pero todos eran ya felices porque habían encontrado el camino hacia la riqueza cultural que disfrutarían y que sus hijos heredarían, haciendo crecer cada día aquel paraíso que estuvieron a punto de destruir. El misterioso rayo, iluminando la mente de toda la Raza Humana, puso a cada uno en su sitio. Los verdaderos intelectuales lo daban todo por la revolución. Por fin podían ejercer su vocación. Los falsos intelectuales, que habían utilizado dicho título para enriquecerse económicamente, sin “mojarse”, o sea, sin aportar nada a la cultura, ellos mismos comprendieron que deberían ocupar el puesto que les correspondía. Los verdaderos políticos, por fin, encontraron también su sitio. Ya no tenían que gobernar al pueblo, sino para el pueblo. Éste, con su forma de vivir, tenía el poder



absoluto. Los políticos, sólo deberían gobernar según las exigencias de la nueva Sociedad. Los falsos políticos, o sea, los “políticos” cuyo interés era su propio interés, volvieron a sus profesiones habituales. Ni la usura, ni la estafa, ni la publicidad subliminal y engañosa tenían éxito, porque se enfrentaban a una Sociedad superada, culta y formada que ya no era esclava de las apariencias ni de falsos argumentos que prometían la también falsa felicidad.

—“Antes”, a pesar de que la Constitución reconocía el derecho de todo ciudadano a poseer una vivienda digna, ningún gobierno se preocupaba de que un artículo de primera necesidad como resulta ser la vivienda fuera, precisamente, digna. Los jóvenes, que por cierto eran muy poco revolucionarios y muy conformistas, aceptaban una hipoteca a pagar en treinta o cuarenta años, en la cual iba incluido: el precio abusivo de la vivienda. Intereses que al final del plazo hipotecario superaban al capital invertido. Una comisión millonaria a los políticos que recalificaban los terrenos (muchos de éstos terminaban en la cárcel), y comisiones a los que aportaban información privilegiada. Mientras todos esos “listos” disfrutaban de un dinero que no habían ganado sino estafado, los jóvenes, que no eran tontos ni analfabetos sino conformistas, “entraban al



trapo” y se enfrentaban a un largo camino de pagos, deudas y sacrificios. Su vida estaba hipotecada. Mientras tanto, los políticos, para justificar su incapacidad frente a un atropello de los derechos de la futura Sociedad, argumentaban que vivían en un sistema de libre mercado. (Deberían decir, de libre usura y especulación)

—“Después”, los niños, además de recibir toda clase de conocimientos, adquirirían una educación, una cultura y una formación, que les convertían en verdaderos activistas revolucionarios. Si todavía quedaba algún especulador o usurero, se comían sus productos con patatas, ya que los jóvenes serían capaces de vivir si se diera tal caso, varios años en una tienda de campaña frente a sus urbanizaciones, antes de comprar una vivienda que suponía el embargo de su vida y el enriquecimiento de tales personajes. Sólo con cultura, educación y formación era posible alcanzar la verdadera libertad.

—“Antes”, la Sociedad creía que era libre. Pero no era consciente de que sin formación no es posible la libertad, lo mismo que sin libertad no es posible la formación. Ambos términos van estrechamente unidos.

—“Antes”, los medios audiovisuales, ya fuera la radio, la televisión, las compañías de teléfonos o los



juegos absorbían todo el tiempo libre de niños y mayores. Su misión era entretener al personal, enriqueciéndose cada día más, sin aportar nada que tuviera algún valor. Aprovechándose del vacío cultural de la Sociedad, les manejaban tomándoles el pelo y tratándoles como gente sin recursos, aludiendo que eso era lo que la Sociedad les pedía. Lo correcto sería decir que eso era lo que la Sociedad necesitaba para llenar ese vacío cultural del que era víctima.

—“Después”, todos los agoreros, manipuladores y estudiosos de la mente humana para aprovecharse de su debilidad, debieron buscar también su sitio, ya que la Sociedad ya no tenía ningún vacío; lo que pedía era aumentar cada día su cultura, su educación y su formación. Para ello entraban en juego las personas cultas, educadas y formadas con un altísimo grado de preparación.

—“Antes”, los juegos de azar constituían una trampa tan camuflada y tan perfecta, que los que caían en sus garras, sin ser conscientes de ello, se gastaban la mayor parte de su sueldo, creyendo un día y otro que ganarían más de lo que jugaban. La ludopatía era una enfermedad vergonzosa y cruel. De ella se lucraban miles y miles de usureros “legales”, ya que estaban autorizados por la Ley, lucrándose al mismo tiempo las arcas del Estado, por cuya





razón se ignoraba la miseria y ruina de millones de personas que caían en una trampa tan indigna. Aducían que cada uno era libre de hacer lo que quisiera con su dinero. Lógicamente, apenas había centros donde poder curarse y los que había, además de estar bastante ocultos, no tenían demasiado interés en curar aquella enfermedad mental, ya que constituía una gran fuente de ingresos para los “usureros legales”. Para jugar existían establecimientos por todas partes, algunos de éstos en donde había existido un cine o un teatro, un síntoma inequívoco de que el lucro económico predominaba por encima de los fenómenos culturales. No era posible encontrar una cafetería donde no hubiera dos o más máquinas tragaperras. La tomadura de pelo era perfecta. Todos los días de la semana se ofrecía a los ciudadanos algún juego donde poder probar suerte. Era una forma de exprimir a las personas adictas a esa maldita plaga. La adicción al alcohol, suponía otra plaga que consistía en deteriorar los órganos internos y vitales del individuo, convirtiéndole en una persona inútil y enferma, al depender física y psicológicamente de este producto. El consumo de alcohol, dosificado, incluso era recomendado por los médicos. Pero el abuso producía adicción, otra de tantas trampas en las que caían las personas con algún



vacío cultural o sentimental. El tabaco, otro producto que producía una adicción terrible y profunda, era consumido por muchísima gente, convirtiéndola en enfermos de por vida. Lo mismo que sucedía con el juego, todos ganaban, incluso el Estado, mientras los consumidores de estos artículos vivían enfermos, sin solución a sus problemas, ya que la curación de dichas enfermedades era muy difícil, porque a nadie interesaba implantar métodos y medios para ayudar a los sufridores. A todos estos productos se les llamaba drogas blandas, por ser considerado cínicamente su consumo como un hábito social. Las drogas duras como la heroína, la cocaína y similares, estaban prohibidas, por cuyo motivo constituían un gran negocio para los traficantes, los que se encargaban de que el producto llegara a todos los adolescentes y jóvenes. Éstos, a pesar de toda la información que tenían sobre el tema, caían uno y otro día en la trampa, hasta que la adicción hacía imprescindible su uso. Todos estos fenómenos, unidos al consumismo y a la falsa apariencia, la incultura y a la inmadurez, convertían a la Sociedad mundial en esclavos de sí mismos y de los demás. Por si todo esto fuera poco, a la persona adicta, nadie quería ni tampoco sabía ayudarle. Se le consideraba como un ser inútil y degenerado, cuando en realidad era un



enfermo crónico, inmerso en el sufrimiento y en la desgracia.

—“Después”, cualquier niño sabía lo que significaba practicar o usar algo que producía adicción. Antes de usar o consumir cualquier producto, se aseguraban de que no produjera adicción. Eran dueños de sus acciones en todo momento. Nadie ni nada se adueñaría de su tiempo, de su salud o de su dinero, porque su voluntad y su razonamiento no se dejaban engañar por ningún fenómeno más o menos atractivo y manipulador. Todo lo que perturbaba la mente o enfermaba el cuerpo, había desaparecido porque nadie lo usaba. La Sociedad era culta y por lo tanto, libre. Sabían que cualquier clase de adicción anulaba la voluntad y la razón del individuo, convirtiéndolo en esclavo de algo que le impediría vivir y desarrollarse como persona.

—“Antes”, existía el mal llamado Ministerio de sanidad. Debería llamarse Ministerio de enfermedad, ya que su misión era la de curar enfermedades que, por cierto, lo hacía muy bien. Pero los hospitales eran insuficientes. Estaban todos repletos y los enfermos debían esperar turno para ser curados. A esto podemos llamarle sin ninguna clase de reparos, una Sociedad enferma.

—“Después”, nació el verdadero Ministerio de Sanidad. Su cometido era crear una Sociedad sana,



física y mentalmente. Desde sus primeros años de vida, aquella Sociedad sabía todo lo necesario para evitar enfermedades, tanto físicas como mentales. Si “antes”, cualquier persona desconocía cómo funcionaba su propio cuerpo, “después”, todos eran especialistas en el funcionamiento de éste. No utilizaban el deporte como distracción pasando las horas delante del televisor, sino que cada uno practicaba su deporte favorito. Todos podían practicar deporte, no importando para nada la capacidad de cada uno, ya que no era la competición el motivo de dicha práctica, sino el placer de hacer algo que beneficiaba la salud, y permitía que la persona sintiera la vida en toda su plenitud. Cuidaban su sistema nervioso, conociendo y practicando cada día la relajación, principalmente, antes de dormirse por la noche. Comían con moderación toda clase de alimentos, necesarios para una alimentación equilibrada. Apenas eran necesarios los hospitales, excepto para algunas enfermedades en las cuales no influía para nada el comportamiento de la persona. Los médicos, en vez de dedicarse a curar enfermedades, (que apenas existían), se dedicaban exclusivamente a la formación sanitaria de la nueva Sociedad.

—“Antes”, lo que los jóvenes creían que eran lugares de diversión, sólo eran locales donde bailar era casi imposible. Dichos lugares estaban hechos con



doble intención: consumir bebidas alcohólicas cuya calidad era inferior y fumar desde tabaco hasta marihuana o tomar drogas de diseño, que conjuntamente con la música agresiva y ensordecedora provocaban en los jóvenes un estado de ansiedad y agresividad que influirían en su comportamiento habitual, no quedándoles tiempo ni ganas de practicar ninguna clase de deporte o cualquier otro hobby. Los jóvenes que se mantenían al margen de todas estas actitudes apenas tenían sitios donde divertirse.

—“Después”, el baile era uno de los deportes más corrientes. Existían grandes locales donde, desde los niños de más de diez años hasta los jóvenes de menos de cien se divertían bailando, donde el consumo de alcohol era nulo; no porque estuviera prohibido, sino porque la educación, la cultura y la formación de la Sociedad, no lo admitían. La palabra “prohibir” había desaparecido del diccionario, por considerarla innecesaria y, posiblemente, ofensiva. Todos los niños recibían una verdadera educación física, que practicarían durante toda su vida. No se daba importancia a los años que cada uno fuera a vivir, sino que lo importante era vivir sanos. El coche sólo se utilizaba en largas distancias. Caminar era un placer. Los ascensores sólo eran utilizados por personas enfermas o muy ancianas. La actitud posi-



tiva y la alegría eran sentimientos comunes a todos los ciudadanos. Las prisas psicológicas, que “antes” obligaban a la Sociedad a vivir de prisa cuando no había ninguna prisa, habían desaparecido.

—“Antes”, la comunicación personal era escasa por no decir nula. La crisis de la comunicación se acentuaba cada día. La Sociedad se creía a sí misma liberal y comunicativa. Pero no era consciente de que sin formación no existe la libertad ni la comunicación. Se presumía de libertad sexual, pero la prostitución se practicaba cada día más, una prueba inequívoca de la falta de formación y cultura comunicativa. El desconocimiento de las relaciones personales obligaba a pagar por relacionarse sexualmente.

—“Después”, todos practicaban las relaciones humanas, siendo el sexo el último peldaño de dichas relaciones, considerado como el acto más íntimo entre dos personas. La prostitución ya no era necesaria, salvo rarísimas excepciones.

—“Antes”, si una mujer estaba embarazada y existía la duda de si aceptar el embarazo o abortar, todos decidían lo que debería de hacer, menos ella. Los políticos dictaban leyes con arreglo a sus ideologías y las instituciones religiosas imponían su criterio, no teniendo en cuenta unos ni otros que la madre era la única persona que debería ser responsable de



lo que sucedía en su cuerpo y, en consecuencia, de sus hijos.

—“Después”, la mujer tenía una gran formación sobre el privilegio más importante que la Naturaleza ha otorgado al Ser Humano: “ser fuente de vida de la Raza Humana”. Era libre de hacer lo que considerara más conveniente, ya que su formación se lo permitía. El resultado era siempre el mismo: dar cabida en su vida a un nuevo ser que llamaba a su puerta. Es fácil tener hijos en una Sociedad culta y educada, donde cada niño que nace no sólo es hijo de sus padres, sino que es un miembro más de dicha Sociedad, la que procuraría que no le faltara de nada. Principalmente, educación y cultura, así como todo lo necesario para que su vida fuera digna de un verdadero “revolucionario”.

—“Antes”, los creadores de la moda necesitaban mujeres u hombres modelos de medidas específicas para sus vestidos, ya que eran incapaces de diseñar vestidos y trajes para cualquier persona de cualquier peso o altura. Dicho fenómeno producía en las chicas y chicos adolescentes un ansia y deseo de parecerse a esos modelos, evitando comer para no engordar, adquiriendo así enfermedades incurables.

—“Después”, cualquier persona podía ser modelo, no importando su estatura, su peso o su aparien-



cia física. Todos sabían que la hermosura de una persona la reflejaba su educación, su cultura y su formación, lo que la convertía en una persona guapa y hermosa.

—“Antes”, todas y cada una de las personas creían que ellos eran un mundo completo.

—“Después”, todas y cada una de las personas sabían que eran una parte del mundo, y todas unidas formaban un mundo completo.

—Todas las personas que “antes” habían cometido actos terroristas, asesinatos, robos, estafas, especulado o aprovechado de alguna forma ilegal de sus conciudadanos, “después”, cuando la iluminación inundó su oscurecida mente, avergonzados y no dando crédito a sus terribles acciones, se convirtieron en los “revolucionarios” más eficientes.

—En el transcurso de varias generaciones, la revolución cultural funcionó y la Sociedad mundial consiguió implantar un nuevo sistema de vida en la Tierra, necesario e imprescindible para iniciar una nueva era, demostrando que el Ser Humano fue capaz de superar tanta y tanta profecía negativa y catastrófica, viniera de donde viniera, cuyo objetivo final era dirigirlo al cataclismo y a la destrucción. Un rayo de luz fue suficiente para iluminar la mente de toda la Raza Humana.





—Y colorín colorado...

Todos estaban ensimismados, no creyendo que la historia había terminado. Un chasquido de mis dedos les devolvió al presente.

—Su historia —dijo el juez—, parece calcada de la verdadera realidad.

—Cualquier parecido con la realidad, señor juez, es pura coincidencia —dije, irónicamente.

—Bien —dijo el juez—. Nos presentó usted un mundo a su medida pero: ¿cree usted en su mundo, o sólo es una historia inventada para justificar su actitud ante la Sociedad mundial?

—No sólo creo en mi mundo, sino en que es necesario crearlo para que la vida en la Tierra continúe. Y puedo asegurarle, señor juez, “QUE MI MUNDO ES POSIBLE”.

—Visto para sentencia. En unos minutos se la comunicaré.

—Gracias, señor juez.

Me acerqué al abuelo y comprobé que su estado era deprimente. Estaba más muerto que vivo.

—He terminado abuelo. En unos minutos me comunicarán la sentencia. ¿Cree usted que será absoluta?

—No, amigo. Será condenatoria.



—¡Condenatoria! ¡Condenatoria! Está claro. Con un abogado defensor que no hizo absolutamente nada, ¿qué otra cosa podría suceder?

—Ja, ja, ja, ja. —Soltó el abuelo su carcajada habitual, pero en esta ocasión se podía confundir con una tos moribunda—. Escucha la sentencia, amigo.

Di media vuelta y allí estaba el juez con un folio gigante que tapaba toda su cabeza. Me acerqué y escuché con atención lo que creía que sería mi final.

—¡Señor acusado! Su arrogancia, su osadía y su convicción de que “su mundo es posible”, fueron los principales argumentos que utilizó en su defensa. Quizá crea que nos ha convencido y que le declararemos inocente. Está usted muy equivocado. Usted no es inocente. Usted ha sido cruel y descorazonado con toda la Raza Humana. Nos hizo sentir vergüenza de nosotros mismos, nos humilló y nos situó en un plano tan bajo, que nadie hubiera imaginado jamás. Por otra parte, cree en el Ser Humano y en su capacidad de superar todas las trabas que unos y otros intentan ponerle, induciéndole al suicidio mediante la sugestión. Por eso y por muchas razones más, debo condenarle y le condeno.

Me senté en el suelo y adopté la postura del loto, cerré los ojos y escuché con mucha atención.

—Repito— dijo el Juez—.



“DEBO CONDENARLE Y LE CONDENO A ESCRIBIR TODO LO QUE SUCEDIO AQUÍ Y EN LA ANTERIOR ASAMBLEA HACE DIEZ AÑOS, PALABRA POR PALABRA Y PUNTO POR PUNTO, SIN OMITIR ABSOLUTAMENTE NADA. UNA VEZ LO HAYA ESCRITO, DEBERÁ PUBLICARLO Y HACERLO LLEGAR HASTA EL ÚLTIMO RINCÓN DE LA TIERRA. ESTA SENTENCIA ES INAPELABLE. FIRMO RUBRICO.

De un salto me puse de pie y, mirando al abuelo, grité:

—¡Bien! ¡Abuelo! ¡Siempre hay una salida!

—Claro, amigo. El destino nos la debe. Nuestra obligación es buscarla.

El abuelo apenas podía hablar. Me acerqué más, tomé su mano derecha y le dije:

—Bien, abuelo: ahora debe contarme su historia. ¿Qué sucede? ¿Acaso piensa morirse, ahora que todo terminó?

—Acércate y escucha con mucha atención, amigo: perdí toda mi energía. Apenas me queda para vivir unas horas. El esfuerzo que tuve que hacer para intimidar a toda esa multitud y evitar que te lincharan sin haberte juzgado antes, fue la causa. Toda mi energía se esfumó, sin poder hacer nada por recuperarla.



Mi corazón se encogió. Sentía el calor de la sangre en mis venas contraídas por la noticia más aplastante de toda mi vida. «Ahora —pensé—, me toca a mí ayudar a mi amigo que arriesgó su vida por mí. Él perdió su energía por ayudarme y yo debo entregar la mía si es necesario».

—¿Qué pasa, abuelo? ¿Dónde está esa salida que tanto ha pregonado? Usted, precisamente, no puede decir que no existe ninguna salida.

—Hay una, amigo. Pero no podemos utilizarla.

—Vamos, abuelo; cuénteme todo lo que se puede hacer y lo intentaremos.

—De acuerdo. Verás cómo no se puede usar la única salida que existe en esta difícil situación. No me queda energía para regresar a mi Mundo, ni para comunicarme con los “míos” y pedirles que vengan a rescatarme. La única salida sería que todos los seres humanos aquí presentes se cogieran de la mano, siendo tú el puente entre ellos y yo. Absorbería la energía humana suficiente y podría comunicarme con los “míos” y en pocos segundos se presentarían aquí. Nos marcharíamos satisfechos de haber cumplido una misión más y vosotros seríais los beneficiarios. Pero...

—¿Pero qué, abuelo?

—Necesitaría tanta energía, que quizá todos vosotros moriríais, y eso no puedo permitirlo.



Miré fijamente al suelo, pensativo y hundido por la noticia que el abuelo acababa de darme. De repente, observé que alguien estaba a mi lado, tendiéndome su mano:

¡Era el juez! Levanté la vista del suelo, giré la cabeza y ¿qué vi?:

Toda aquella multitud cogida de la mano, y el juez, como último eslabón de aquella cadena humana, haciéndome gestos para que me uniera a ellos y transmitiéramos al abuelo toda la energía que necesitara. En aquel momento sentí tanto amor por el Ser Humano, que era capaz de amar hasta lo “no amable”.

—No puede negarse, abuelo —le dije, con lágrimas en los ojos—. Han escuchado todo lo que me ha contado y están dispuestos a arriesgar su vida por usted. Por lo tanto, haga el favor de estrechar mi mano y utilizar nuestra energía. Se la ofrecemos de corazón.

—De acuerdo, amigo. Por una vez, tú mandas.

El abuelo estrechó mi mano y yo estreché la mano del juez. Instantáneamente, todos los seres Humanos nos convertimos en un elemento conductor de energía. La transmisión sólo duró unos segundos. Todos quedamos extenuados, sin fuerzas, esparcidos por el suelo y sintiendo la agonía que nos



usurpaba el último soplo de vida. El abuelo ya no estaba. Una gran nave espacial flotaba en el aire, a unos metros del suelo. Giraba muy lentamente. Continuábamos todos cogidos de la mano y casi moribundos. De repente, una corriente energética que procedía de la nave entró por la mano con la que yo había estrechado la del abuelo y de nuevo nos convertimos en elementos conductores de aquella energía que regresaba a todos los Seres Humanos que habíamos salvado la vida de nuestro amigo. Le llamé, y éste me contestó:

—Gracias, amigo, a ti y a todos los Seres Humanos, por haber arriesgado vuestras vidas por salvarme. Nuestra misión ha terminado con éxito. Debes estar orgulloso de pertenecer a una raza tan grande y tan humana.

—¿Está usted dentro de la nave, abuelo?

—¡Yo soy la nave amigo!

—Ya. Comprendo. Son ustedes energía inteligente y transformable.

—Exacto.

—Quisiera hacerle unas preguntas, abuelo.

—Pregúntame lo que desees, amigo.

—En nuestro primer encuentro, cuando yo estaba en el valle participando en la asamblea con el Gran Lunyss y los representantes, ¿dónde se encontraba usted, abuelo?



—Se supone que me encontraba atrapado por las rocas en la cueva.

—Ya. Se supone. ¿Es cierto que han venido los “suyos” a rescatarle?

—Se supone.

—Ya. Se supone.

—Sí. Se supone.

—¿Necesitaba usted nuestra energía o fue una prueba a la que quiso someter a toda la Raza Humana? Si es así, habrá comprobado que, a pesar de nuestra negatividad, somos Seres tan especiales que podemos unir el cero con el infinito.

—Lo sé, amigo. Lo sé. Por eso estamos aquí. Para salvar algo que es imprescindible. La pérdida del Ser Humano y de la vida en este maravilloso Planeta, influiría gravemente en el equilibrio del grandioso y perfecto Universo. En agradecimiento a vuestra apuesta por la vida, os dejaré un regalo de incalculable valor, y desapareceré para siempre.

—¡Un momento, abuelo! ¿Quiere decir que no volveremos a vernos?

—Sólo nos veremos si tuviéramos que celebrar algún acontecimiento importante.

—¿Como por ejemplo?

—Que la revolución cultural tuviera éxito, como consecuencia de la evolución mental de la Raza



Humana. En ese caso, las relaciones entre los Seres Humanos y los Lunyss serían una realidad auténtica y feliz.

—¿Existen en el Universo otros Seres además de los Lunyss y los Seres Humanos?

—Ja, ja, ja, ja.

—¿Por qué se ríe, abuelo?

—Existen en el Universo tantos Seres diferentes como cualidades diferentes tiene el ser Humano. Cada uno de ellos influye en cada una de vuestras cualidades. Por eso os resulta tan difícil evolucionar mentalmente. Es necesario reforzar las cualidades positivas, lo cual debilitará a las negativas, reduciéndolas a la mínima expresión. Quizá en nuestro próximo encuentro puedas comprobar esta teoría tan incomprensible para la raza Humana.

—Le estaré esperando, abuelo.

—Lo sé, amigo. Y ahora preparaos para recibir mi regalo.

Estábamos todos expectantes y con los ojos muy abiertos para no perdernos nada de lo que sucediera a continuación.

“UN RAYO DE LUZ, LO MISMO QUE SUCEDIÓ EN LA HISTORIA QUE POCO ANTES YO LES HABÍA CONTADO, NOS INUNDÓ A TODOS Y CREEMOS QUE A TODO EL PLANETA, QUEDANDO INMÓVI-





LES, COMO SI SE HUBIERA DETENIDO EL TIEMPO”.

Pudo haberse detenido durante un minuto. Pero los científicos, que siempre tienen la manía de querer llegar más allá, dejarían entrever con sus futuras afirmaciones que es posible que el tiempo se hubiera detenido un minuto, dos horas, una semana, dos años o quizá varios siglos. Fuera lo que fuere, una vez que aquel rayo de luz se apagó, escuché un “tic”. Abrí los ojos y vi cómo mi hija retiraba su brazo después de apagar la luz. Al ver que estaba despierto, me dijo:

—Papá, para dormir no es necesario tener la luz encendida.

—He tenido un sueño muy interesante —le dije.

—¡Dios! ¡Otro sueño no, por favor!

—Esta vez será distinto. Me comprometí a escribirlo, publicarlo y hacer todo lo posible para que llegue hasta el último rincón de la Tierra. Si quieres te lo cuento.

—No, no. No me lo cuentes. Te recomiendo que se lo cuentes primero a un psicólogo. Ellos saben de estas cosas y quizá le interese más que a mí.

Salió mi hija de la habitación y, con dificultad, pude oír que susurraba:

—Madre mía; está peor de lo que yo creía.



Con una irónica sonrisa de autosuficiente, me senté delante del ordenador y escribí:

PRIMERA PARTE

Madrid 1 de agosto de 1998.

Me desperté, accioné el interruptor de la luz y miré hacia la mesilla dónde estaba el reloj despertador; eran las seis de la mañana y...





